



Mi Duque

Atormentado

Serie "A La Caza De Un Noble" 6

Amaya Evans

MI DUQUE ATORMENTADO
Serie "A LA CAZA DE UN NOBLE" 6
AMAYA EVANS
2018

Índice

[Mi duque atormentado](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Después de varios años de vivir en la escuela de los marqueses de Wilmington, Nancy Taylor asume un cargo imposible: enfermera del duque de Sutland. Sin embargo, a pesar de su enorme deseo por ayudarlo cuando se conocen, sabe que las cosas no serán tan sencillas, pues todo el mundo dice que el hombre es un ogro y vive amargado debido a su condición física. Pero ambos tienen algo en común; necesitan ser amados.

De alguna manera, Nancy debe llegar a su corazón y en el camino hacia este, descubrirá sus raíces y un pasado doloroso, que le darán la fortaleza de luchar por su amor.

Rupert Stanway, duque de Sutland, es un hombre mal humorado que vive molesto por la mala suerte de haber perdido su pie izquierdo y atormentado por las pesadillas del día en que eso ocurrió. Pero cuando conoce a Nancy, se sorprende al escuchar su dulce voz y la forma en la que esta lo tranquiliza, de manera que la lleva a su casa para que trabaje como su enfermera. El problema es que ella poco a poco, con su carácter voluntarioso, se mete en su corazón. Pero... ¿Podrá ella sentir algo por un hombre incompleto?

Título Original: Mi Duque Atormentado

Copyright © 2018 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Capítulo 1

Lady Sonia Egerton, marquesa de Wilmington miraba detalladamente a la muchacha frente a ella que se retorció las manos con nerviosismo.

—Milady, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no, querida? Es una magnífica oportunidad para ti. Cuando el duque me dijo que necesitaba una persona que lo ayudara en su casa, solo pensé en ti.

—Yo no soy muy buena como criada. No digo que no sepa cocinar, porque sé algunas recetas pero no como para estar en la cocina de un noble.

—Él no va a pedirte milagros—agitó su mano quitando importancia al asunto—solo necesita una persona que lo ayude con lo que se le vaya ofreciendo. Curarle la herida, cambiarle vendajes y ese tipo de cosas. No serás una criada, serás su enfermera y tienes conocimientos, siempre te ha gustado ayudar al doctor cuando viene, y lo haces muy bien.

—Lo voy a echar a perder, es mejor que le dé esa oportunidad a otra persona.

—Nancy... ¿por qué tienes tanto miedo?

—No me gusta la aristocracia, no disfruto en ese ambiente y.... — de repente se tapó la boca al darse cuenta de lo que acababa de decir. Miró con horror a Sonia y su cara se tornó de un rojo carmesí—Lo siento, no quise decir eso. Por supuesto que no toda la aristocracia

me disgusta. Yo hablo de...

—Tranquilízate, Nancy. Entiendo bien lo que quieres decir. Yo misma no me siento bien entre la aristocracia y pertenezco a ella. Pero como puedes ver, tú y yo somos buenas amigas ¿No es así?

La chica asintió inmediatamente—por supuesto, milady. Usted es la mejor persona que he conocido. Pero por algún motivo que desconozco, jamás he soportado ese ambiente y por eso prefiero quedarme aquí haciendo otras cosas si usted me lo permite.

—Te lo permito, querida. Pero debes saber que no puedes estar toda la vida negándote a las oportunidades que se te presentan. Y en este caso particular estarías ayudando a un buen hombre a salir de una terrible situación—pensó en su amigo el duque de Sutland. Rupert era un hombre bueno, apuesto, educado y muy rico. Un excelente partido para cualquier mujer, sin embargo había tenido la mala suerte de haber salido herido en aquella estúpida guerra donde desafortunadamente había perdido su pie izquierdo. Le había tocado vivir cosas muy duras en muy poco tiempo. La muerte de sus padres en un accidente hacía dos años y la muerte de su hermano mayor, el heredero al ducado de Sutland. Fue por eso que tuvo que venir enseguida que eso pasó, pues el único heredero al título no podía estar sirviendo en aquella guerra, ya que si moría, no había quien heredara el título porque no había más familiares barones a excepción de su primo, al cual jamás le dejaría el título que con tanto orgullo y decencia defendió su padre.

Rupert todavía era un excelente partido para muchas, pero en su mente, él era un ser deforme al que ninguna mujer soportaría tocar. Eso lo había vuelto amargado y tosco, sin embargo, después de tratar de ayudarlo, aconsejarle que saliera para distraerse, y de pensar que

jamás saldría nuevamente de su casa, había llegado sorpresivamente un día diciendo que quería conocer la famosa escuela de oficios de los marqueses de Wilmington. La esperanza floreció de nuevo en su esposo y ella, sintiendo que mejoraría porque al menos ahora se interesaba por algo.

—No lo conozco, pero dicen que el duque es un hombre de pocas palabras y las que salen de su boca solo para tratar mal a las personas a su alrededor.

—Oh no querida, el duque es un buen hombre pero traumatizado por lo que le sucedió. No es fácil para un hombre lleno de vitalidad pasar por una amputación.

Nancy sintió pesar por él—Es cierto, milady. Para nadie es fácil pasar por algo así.

Sonia se levantó de la silla junto a ella—prométeme que al menos lo pensarás un poco más.

—Está bien—sonrió—, muchas gracias por pensar en mí.

—Siempre, mi cielo. Sabes que mis niñas son lo más querido para mí—le dijo refiriéndose a las chicas que estudiaban en la escuela, y que ella había conocido desde muy pequeñas.

—¿Le dirá al duque que dije que no?

—No lo haré, porque él no sabe que te lo he pedido a ti. Le diré que todavía estoy buscando a la persona adecuada.

Ambas se dirigieron a la puerta, cuando llegó corriendo una de las encargadas del lugar—¡Milady, milady!—dijo casi gritando.

—¿Que ha sucedido, Joanne?

—Es el duque, acaba de llegar y dice que quiere verla inmediatamente.

Nancy se fue a la clase de las niñas más pequeñas. Ya era la hora en la que siempre tenían un pequeño descanso y ella por lo general les leía algún cuento o se inventaba alguna historia para ellas. Cuando entró al pequeño salón, todas la estaban esperando.

—¡Nancy!!— gritó Annie, que no tenía más de siete años. Nancy le tenía gran cariño, pues la chica pasó por la misma situación que ella hacía unos años, cuando estuvo en la calle, y tuvo la suerte de llegar a la escuela. Había llegado hacía unos pocos meses en un terrible estado de desnutrición por vivir en las calles con su hermano, que pertenecía a una peligrosa pandilla. El chico murió y ella quedó sola pidiendo limosna por varios días, hasta que un alma caritativa la vio y la llevó a la escuela, que ahora había hecho un ala específicamente para darles cabida a los niños más pequeños que encontraban en la calle. El marqués al principio no había estado muy de acuerdo, porque decía que una cosa era una escuela para ayudar a esos niños y jóvenes que estaban solos en las calles, para que aprendieran a ganarse la vida decentemente, pero otra muy distinta era hacer un orfanato, pues más de la mitad de Londres estaba llena de huérfanos y ellos no podían ayudar a todos. Pero la marquesa insistió tanto que al final cedió porque si había algo cierto, era el gran amor que sentía su esposo por ella. Sin embargo un factor importante para que él aceptara, fue el hecho de que la marquesa contaba con excelentes amigas y todas se habían sumado a su causa, donando muchos fondos para la escuela.

—¿Nos vas a contar un cuento?— preguntó la pequeña vocecita de otra de las niñas.

—Por supuesto, vine solo por eso—les sonrió a todos. Los niños se sentaron con un pedazo de pastel y limonada en las manos, listos para escuchar su historia del día.

Rupert Stanway, duque de Sutland, caminaba por los pasillos de aquella escuela que sorprendentemente había crecido tanto que ahora albergaba a muchos jóvenes a los que había ayudado a cambiar el rumbo de su vida. Los muchachos lo observaban con curiosidad, pero sin miradas de juicio. Eran niños y niñas que habían visto cosas mucho peores que un tipo cojo. Siguió caminado hasta que escuchó una dulce voz que hablaba suavemente contando una especie de historia. Muchas niñas y niños la rodeaban y estaban completamente absortos en el relato. Parecía una chica normal, pero había algo, no sabía bien que era, tal vez su forma de hablar o sus modales, pues estaba sentada pero erguida en una pose nada común en una muchacha pobre, salida de barrios bajos. Las niñas detuvieron la historia para preguntarle algo, y cuando ella les respondió no sonaba para nada como una persona que ha sido rescatada de los barrios peligrosos y que sabía Dios como se ganaba la vida, ya que la mayoría de esos muchachos no había estado haciendo nada bueno cuando fueron rescatados por la marquesa. Definitivamente sentía curiosidad por conocer a esa chica. Alguien así podía perfectamente trabajar para él, no como criada, sino como la enfermera personal que tanto había buscado, pero tenía que averiguar un poco más sobre ella.

La semana siguiente Rupert decidió visitar de nuevo a escuela de

oficios y ahora creciente orfanato, de la marquesa. En poco tiempo la obra que habían comenzado para agrandar el sitio, iba muy adelantada. Lo hicieron pasar al salón donde Sonia atendía las visitas y mientras esperaba a que ella llegara, se dio cuenta de que un grupo de jovencitas gritaba y jugaba en el patio que se veía desde allí. Escuchó la puerta del salón abrirse de golpe y al darse la vuelta vio a la misma chica que estuvo observando días atrás, entrar precipitadamente. En el momento en que lo vio, su rostro se tiñó de un adorable rubor—Buenas tardes—dijo agitada—disculpe, no sabía que la marquesa tenía visita.

—Bueno, ahora ya se ha dado cuenta—le dijo en tono beligerante.

—¿Es usted el duque de Sutland, milord?

—Depende de quien desea saberlo...—su mirada penetrante la hacía sentir incómoda.

Disculpe, no me he presentado —Yo...mi nombre es Nancy, Nancy Taylor.

—¿Vive usted aquí, Nancy Taylor?

—Sí, excelencia—ahora su tono había cambiado a uno más deferente. Me gustaría aprovechar el momento para agradecerle por toda la ayuda que nos da. Usted y los otros benefactores de la escuela hacen una maravillosa obra—. Lo detalló mientras no miraba; era bastante alto, pómulos cincelados, rasgos muy masculinos, no delicados como estaban últimamente de moda. Iba vestido muy elegante, y llevaba un bastón cuyo mango sostenía tan fuerte que sus dedos se veían pálidos.

Rupert lejos de decir algo o sonreír al menos, la miro como si fuera alguien insignificante. No es nada—le quitó importancia al asunto. Iba a preguntarle algo pero en ese momento notó que ella lo

miraba fijamente, cautivada por el extraño color de sus ojos entre azules muy claros.

—¿Sabe usted que es de mala educación mirar fijamente a una persona?

—Disculpe—debió la mirada—solo miraba el extraño color de sus ojos, son hermosos.

Eso lo dejó sin saber que decir. Tenía mucho tiempo sin escuchar que alguien le dijera un cumplido y el que viniera de ella, lo hizo sentir algo extraño aunque le gustó—Es usted bastante directa, señorita Taylor.

Una niña entró en ese momento corriendo—Nancy, te necesitan en uno de los salones. Ella miró un momento al duque—tengo que irme, fue un gusto conocerlo, excelencia—hizo una escueta reverencia que a punto estuvo de hacerlo reír.

—Adiós, señorita Taylor.

Ella lo miró de nuevo, solo un segundo y salió de prisa. Rupert estaba intrigado, esa chica era un misterio. Podría jurar que sus rasgos eran conocidos para él. Pero... ¿cómo? Era imposible que fuera alguien de la aristocracia escondida allí, esa reverencia mal hecha decía que su educación no era la mejor, sin embargo tampoco se comportaba como la típica chica mal hablada con la que sería imposible entablar una conversación. La puerta se abrió nuevamente.

—Oh, allí está—dijo la vocecita animada de la marquesa. —Pensé que ya se habría ido, excelencia—comentó avergonzada—lo siento mucho, no fue mi intención hacerlo esperar pero una de las muchachas...

—No se preocupe, lady Wilmington Mientras no estaba, una señorita muy amable estuvo hablando conmigo.

—¿Oh sí?

—La señorita Taylor.

—¿Nancy?

—Sí, creo que así se llama— se hizo el desentendido.

—Una chica maravillosa ¿no le parece?

—Sí usted lo dice...

Su rostro se puso serio—¿Le dijo algo incorrecto, tal vez lo ofendió? Porque si es así, puedo hablar con ella y...

—No, por el contrario—la sacó de su error—. Me ha parecido una muchacha...interesante—trató de parecer lo más indiferente que podía—de hecho, me gustaría saber de dónde viene, porque me pareció educada y sus modales son bastante buenos para una chica que salió de la calle.

—Bueno, es que aquí en la escuela nos preocupamos por darles clases de modales y les enseñamos como servir, puesto que muchas veces sus trabajos serán de criadas o ayudantes de cocina, incluso hemos tenido algunas que ahora trabajan de vendedoras o costureras en Bond Street.

—Puede ser que la educación que reciben aquí sea buena, pero hay algo más. Ella no parece una muchacha ordinaria. ¿Es hija de algún noble tal vez?

Sonia no pudo evitar reír—por supuesto que no. ¿Qué persona de la nobleza dejaría a su hija aquí? Este es un lugar netamente para chicos que tenían una vida terrible en las calles.

Rupert la miró, tratando de descifrar en su rostro, si mentía o no.

—Parece que le impresionó en verdad. Voy a ser sincera, ella es la joven que tenía en mente para que le ayudara en su casa.

—¿Tenía en mente? Le llamó la atención que hablara en pasado—

¿Ya no?

—Sucede que Nancy es un poco reacia a trabajar con gente de la aristocracia. Por algún motivo que no he podido descifrar, le teme a todo lo que tenga que ver con trabajar en casas de nobles.

—Ya veo...se paseó por el salón—bueno, eso es algo extraño ¿no le parece?

—Lo es, pero cada persona que llega aquí, lo hace con sus problemas, su pasado y las consecuencias de este. Yo no puedo entrometerme y tampoco me siento con el derecho de hacerlo. Sí ella tiene esa particular fobia, puede ser por algo muy malo que le sucedió y honestamente no quiero que lo recuerde. La idea de estar aquí, es comenzar una nueva vida.

—Pues yo he pensado que ella tal vez, podría ser la persona que busco. Puede decirle que le duplicaré el precio y que no estará al nivel de la servidumbre. Ella solo tratará conmigo sin intermediarios, tendrá beneficios que los demás no.

Sonia estuvo a punto de gritar de felicidad. Ese sería un excelente puesto para Nancy. Luego pensó en su última conversación y su emoción se desvaneció. —Hablaré con ella, pero no puedo prometerle nada.

Rupert se levantó de la silla—muy bien, con eso me basta. Por favor hágame saber pronto cual fue su respuesta.

Capítulo 2

Después de hablar con Sonia y de decirle que estaba muy interesado en que Nancy fuera su enfermera, Rupert salió de allí rápidamente. Tenía prisa por llegar a la librería antes de que la cerraran y luego debía volver a su casa para resolver unos asuntos con el administrador de una de sus fincas, que al parecer estaba teniendo problemas con algunos arrendatarios. Pero cuando estaba por salir de la escuela, escuchó en uno de los pasillos la voz de ella nuevamente. Otra vez estaba leyendo a unos niños, y él no pudo evitar quedarse allí, detrás de la puerta escuchándola. Su tono de voz era tan suave que lo tranquilizaba de una manera que ni sus lecturas, el piano, o las medicinas podían hacerlo. Deseaba poder ser uno de esos niños para poder estar más cerca escuchándola. Fue en ese momento, cuando se le ocurrió una idea; ¿qué tal si además de ser su enfermera, ella lo ayudaba con su problema de pesadillas y ataques de pánico? Sufría cuando se despertaba a media noche, aterrado por los recuerdos de la guerra. No estaba seguro de que ella aceptara, pero esperaba que la marquesa la convenciera.

Nancy bajaba del enorme carruaje que había ido a recogerla para llevarla a casa de su nuevo patrón. Sonia y ella habían hablado y ella terminó aceptando porque el duque la había impresionado, y sintió deseos de poder ayudarlo. Un hombre como ese no merecía vivir el resto de su vida atormentado y sintiéndose menos que los demás por su condición física. No podía dejar de sentir admiración por él, al ver

que a pesar de su condición quería ayudar a los menos favorecidos.

Un hombre la esperaba con la puerta abierta—buenos días, señorita Taylor.

—Buenos días—respondió ella con un poco de ansiedad.

—Su excelencia, la espera—fue delante de ella mostrándole el camino. Mientras ella lo seguía, se maravilló al ver la enorme casa decorada con buen gusto y de manera lujosa aunque no ostentosa. Todo paz, tranquilidad y silencio aunque un poco oscuro para su gusto. Pasaron por un pequeño corredor que los llevó a lo que parecía el salón de dibujo.

—Por favor—el mayordomo le hizo un ademán para que entrara y ella de repente se encontró en un espacio encerrado y lúgubre, iluminado con solo la luz de la chimenea. Las cortinas estaban corridas y ella casi no podía ver nada.

—Buenos días, señorita Taylor.

—Buenos días, excelencia—respondió tratando de enfocar la vista hacia donde él estaba.

—Por favor, siga adelante y póngase cómoda.

Ella estuvo a punto de decirle que como haría eso, sino podía ver, pero en ese momento, la luz entró por una de las cortinas.

—Disculpe, pero hoy no me he sentido muy bien. Desde esta mañana tengo una terrible jaqueca y la luz me molesta bastante. Espero no le importe que haya cerrado las cortinas.

—Oh, no. Por supuesto que no—se sentó y espero que el hablara de nuevo.

—Bien, creo que es mejor ponernos al día y explicarle en qué consistirán sus tareas aquí. Usted me ayudará con los vendajes, que no son gran cosa. También me ayudará con la aplicación de algunos

cataplasmas que el doctor me ha recetado para los dolores de cabeza. No se preocupe por nada, mi ayudante de cámara puede indicarle como se hace. Él ahora mismo ya tiene mucho trabajo entre ayudarme a vestir y ser mi asistente, como para también imponerle la carga de mi salud.

Nancy asintió comprensiva.

—También quisiera que todos los días me leyera un poco. Voy a ser honesto, no tengo problemas de vista, puedo leer por mi cuenta pero su voz... su voz tiene la particularidad de relajarme por algún motivo que no entiendo, y si eso me ayuda con mis jaquecas, lo intentaré todo.

—Entiendo, no tiene necesidad de explicarme. Yo estoy aquí para servirle y ayudarle en lo que pueda.

—No descarte mis explicaciones tan rápido, señorita Taylor. También necesito que sus lecturas sean en horas de la noche.

—¿Perdón?—ella creyó haber escuchado mal—¿En horas de la noche dijo usted?

—Sí, es tal vez cuando más la necesitaré.

Ella se levantó como un resorte—lamento mucho decirle milord, que no soy ese tipo de mujer.

—No diga nada que pueda lamentar, señorita Taylor—su expresión llena de burla—créame que si necesitara de ese tipo de mujeres no la habría escogido a usted.

Nancy no sabía si sentirse ofendida o aliviada ante aquella revelación—entonces ¿de qué se trata?

—Suelo tener horrorosas pesadillas en la noche. Es algo de lo que padezco desde que volví del servicio militar. No es algo fácil de decir y mucho menos a alguien a quien acabo de conocer, pero quiero ser

totalmente honesto. Tengo la esperanza de que si paso por esas pesadillas, esto pueda ayudarme un poco.

—Era una petición inusual, sin hablar de que no sería algo bien visto por el resto de la servidumbre que seguramente hablaría y todo el mundo pensaría mal de ella. —Yo...no lo sé. La marquesa no me habló de esto.

—Me lo imagino. Yo no quise decirle nada, esperaba poder hablarlo directamente con usted—observó que ella movía sus manos de manera nerviosa y quiso tranquilizarla.

—Le aseguro que no soy el tipo de hombre que se aprovecha de una mujer mintiéndole para que vaya a su cama. Sí usted va a vivir aquí, será única y estrictamente para ayudarme con mis problemas de salud, nada más. Tiene mi palabra.

—Entiendo lo que me dice y en realidad quiero ayudarlo, pero si la gente sabe esto, en poco tiempo dirán que soy su amante o algo por el estilo.

—No puedo obligarla, Nancy pero si acepta le daré tres veces la cantidad de la que hablé al principio.

Ella se sorprendió *“ese hombre de verdad debe estar desesperado”* pensó. Ella necesitaba el dinero, quería tener una vida decente, sin lujos, ni nada de esas cosas, pero decente y tranquila. Era algo que nunca pudo tener porque lo único que vio desde su infancia fue violencia y dolor. Pensó en lo que diría la gente y al final decidió que no tenía nada que perder porque no tenía reputación alguna. Una persona como ella, sin dinero, con solo la educación que alguna vez su tía le dio, no era importante para nadie como para que hablaran de ella. —Está bien—accedió esperando no arrepentirse de su decisión.

Nancy salió del salón, en compañía del mayordomo que la presentó a la poca servidumbre que había en la casa. Tenía entendido que él no tenía mucha gente allí porque no quería cotilleos entre los sirvientes y porque además era muy poca la gente a la que toleraba desde hacía un tiempo. Luego de eso, fue llevada a las que serían sus habitaciones y quedó sin habla al verlas. Era algo hermoso; paredes decoradas con papel tapiz de color crema con pequeños puntos blancos, una cama de dosel vestida con telas blancas tan delicadas que sabía que sería una delicia dormir entre ellas. Al lado de la cama había una ventana que daba al jardín de la casa, y siguió caminado para ver en una esquina un pequeño armario donde tenían un lavabo y una jofaina llena de agua, otro armario más grande estaba al lado de este, pero era para guardar la ropa, y su tamaño era casi como el de su pequeña habitación en la escuela. Un poco más adelante estaba la chimenea que ahora desprendía un delicioso calor. Todo era muy elegante y acogedor y se sintió tan agradecida con la vida que por un momento creyó que empezaría a llorar.

—¿Es la habitación de su gusto señorita?

—Oh si, muchas gracias, señor Robson.

—Robson está bien, señorita—le dijo el mayordomo dirigiéndose a la puerta—por favor, hágame saber si se le ofrece algo más. La cena será servida a las siete y su excelencia la espera allí para que lo acompañe.

—Muchas gracias, allí estaré.

Cuando por fin se quedó sola, dio un pequeño gritito de alegría y saltando fue hasta la cama y se lanzó en ella riendo. Jamás pensó en tener una habitación como esa, y solo para ella. No se imaginó que el duque tuviera tantos problema y Seguramente muchos hombres que

servían a su país pasaban por lo mismo pero no lo decían y se guardaban para ellos esas terribles imágenes de la guerra que eran tan fuertes que hasta el sueño les quitaban. Sintió pena por él, era tan apuesto, tan inteligente y elegante; un hombre lleno de vida y sin embargo tan lleno de sufrimiento, era algo injusto. En ese mismo instante decidió que haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudarlo a salir adelante y demostrarle que podía volver a vivir como el hombre que era antes.

En la noche ella se colocó el mejor vestido que tenía para ir a cenar con el duque. No era nada del otro mundo, un vestido azul de tela de algodón, cuello alto y con un pequeño lazo en la parte de atrás. Se recogió el cabello lo mejor que pudo y fue a encontrarse con él. Al llegar al comedor lo vio sentado tomando una copa de vino y al notar su presencia se levantó de manera muy caballerosa.

— Buenas noches.

— Buenas noches, señorita Taylor.

Ella notó la mesa dispuesta y llena de cosas deliciosas. Un lacayo llegó para servirles una sopa de pichón y luego de eso, probó la carne más suave que había comido en su vida. En medio de la comida, lo observó comer callado, no había ningún tipo de conversación y el silencio se hacía algo incómodo.

— No tenía que hacer esto.

— ¿Hacer qué?

— Invitarme a su mesa. Yo...podía comer en la cocina sin problemas.

— Señorita Taylor, quiero que entienda algo. Usted no es como el resto de la servidumbre, ni ellos están a su altura. Usted es mi enfermera como tal, merece un trato diferente y no quiero que se

junte con las criadas, ni nada por el estilo.

—Está bien, pero insisto que no había necesidad.

—Para mí la había—con eso dejó cerrado el tema.

Un poco más tarde él se levantó de la mesa cuando terminó de cenar. —espero que la comida haya sido de su agrado.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

—Le deseo una buena noche.

—Le deseo lo mismo, excelencia—ella también se levantó y mientras iba hacia las escaleras para dirigirse a su habitación, vio que él iba a su estudio seguramente buscando hacer tiempo para poder dormir más tarde.

Los días fueron pasando mientras cada uno intentaba adaptarse al otro. Al principio no fue nada fácil pues Rupert tenía su temperamento y tenía días en los que su dolor de cabeza era terrible y pagaba su mal humor con cualquier pobre alma que tuviera enfrente. Ella intentaba darle la ayuda necesaria, curando su pierna herida, que ahora sanaba mucho mejor. Muchas veces decía que se levantaba con la idea de que todavía tenía su pie, le dolía muchísimo, pero que al ver que ya no lo tenía, el dolor era más horrible. La mayoría del tiempo, él se levantaba tarde y luego iba al estudio donde se quedaba largo rato hasta que era la hora de la merienda o de la cena pero ella con la terquedad que la caracterizaba fue poco a poco metiéndose en su vida, y lo alejaba de sus rutinas, tocando la puerta del estudio mientras él decía que no lo molestaran o metiendo conversación sin parar mientras cenaban, a tal punto que él terminaba mirándola con gesto molesto pero cediendo a contestar

sus preguntas. Una noche especialmente agitada, llovía a cantaros y los truenos eran algo de miedo. No sabía si fue eso lo que hizo que el duque estuviera tan inquieto esa noche pero en dos ocasiones se había despertado gritando con pesadillas. Ella fue a verlo y empezó a leerle hasta que se durmió pero la segunda vez que se despertó y ella intentó hacer lo mismo, estaba tan molesto que al verla la echó de la habitación gritando a voz en cuello. Nancy se asustó y se fue enseguida corriendo pero luego se detuvo y se armó de valor diciéndose a sí misma que no podía dejar a ese hombre en medio de aquella pena, de manera que se devolvió y sin importarle todo lo que empezó a gritarle nuevamente, se quedó allí hasta que se cansó y cayó exhausto en su cama de nuevo.

—Te dije que te fueras—habló cansado.

—Usted me contrató para ser su enfermera. Es precisamente aquí, donde debo estar.

—Vete—señaló la puerta.

—No—solo dijo eso y se acercó más a la cama hasta quedar a su lado—déjeme ayudarlo—tomó un paño con agua fría y lo pasó por su frente. La sola caricia lo apaciguó. —¿porque está tan inquieto esta noche?

—No lo sé—respondió secamente.

—Tal vez son los truenos.

—No me asustan las tormentas.

Ella siguió pasando el paño por su frente de una manera tan suave que lo hipnotizaba—Solía tener miedo a las tormentas cuando era pequeña—su voz extremadamente baja, susurrando—luego, con el tiempo fui dándome cuenta de que era algo tonto.

—¿Se ha dado cuenta de la poca ropa que tiene puesta?—el

cambió el tema de repente y ella asintió sonriendo. Tenía un camisón y una bata color crema que lo cubría. Su cabello recogido en una simple trenza, nada extraordinario, sin embargo se veía diferente. Tenía una belleza delicada y elegante que cada vez lo intrigaba más.

—Sus gritos se escuchaban por todo el corredor y no tuve tiempo de colocarme un vestido apropiado, pensé que me necesitaba con urgencia.

Rupert se incorporó un poco de la cama y ella se alejó al ver que se acercaba demasiado. Tomó un pequeño mechón de su cabello, acariciándolo, sintiendo lo sedoso que era—es mejor que la próxima vez tenga puesto algo que le cubra más. Ella sintió como mariposas en su estómago al verlo tan cerca; de verdad era un hombre muy apuesto; sus ojos azul pálido parecían los de un depredador en ese momento.

—Será mejor que me vaya...yo creo que ya he estado mucho tiempo aquí y usted...debe descansar—antes de que él dijera algo, ella salió corriendo y Rupert se quedó allí confundido, preguntándose qué era lo que acababa de pasar.

Capítulo 3

Al día siguiente después de esa noche tan agitada, él no fue al comedor a desayunar y ella tuvo que hacerlo sola en esa enorme mesa. Luego se fue hasta el estudio donde lo vio completamente metido en varios libros, al parecer de contabilidad.

—Permiso—dijo tocando la puerta entre abierta.

—Adelante, señorita Taylor.

—Quise venir a ver como estaba hoy—tenía una bandeja en las manos.

—¿Que se supone que es eso?

—¿Lo que tengo en esta bandeja? Pues es su desayuno.

—Creo que se dio cuenta de que no estuve en el comedor.

—Claro que lo noté.

Lo hice porque no tengo hambre.

—Y yo le traigo el desayuno porque necesita comer.

—Lléveselo, no tengo hambre. Y tampoco me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer—su tono era molesto.

—Dejaré la bandeja aquí—la puso en la mesita auxiliar—el delicioso olor a huevos y jamón ahumado llegó a su nariz y de repente sintió hambre.

—¿Por qué no desayunó? el cocinero sabe preparar muy bien las comidas.

—Más le vale que lo haga, por lo que cobra.

—No me va a despreciar ¿verdad? He sido yo la que ha preparado

el desayuno, hice la receta de huevos con crema de mi tía. Ella solía cocinar muy bien. También le hice unos panecillos con miel y pasas.

— ¿En qué momento hizo todo eso?

— Me levanté un poco más temprano hoy, y lo estuve esperando para que probara todo en el desayuno, pero como no fue, decidí traerlo.

El estómago de Rupert empezó a hacer ruido y él tuvo que ir hasta esa bandeja que devoró en poco tiempo.

Nancy se sintió satisfecha al ver que comía todo y tomó la bandeja para irse.

— Señorita Taylor.

Ella se dio la vuelta.

— Gracias.

Cuando ella se fue Rupert pensó en que se sentía bien importarle a alguien. Desde hacía mucho nadie le preparaba algo especial ni se tomaba las molestias que ella se tomaba. Aunque después de todo, ella era su enfermera y para eso estaba.

En la tarde Rupert estaba todavía resolviendo algunos asuntos de sus propiedades cuando tocaron a la puerta.

— Adelante.

— Quería ver cómo sigue.

Él casi rueda los ojos— esa mujer era insistente. — Igual.

— No quiere tomar un poco de té y tal vez sándwiches? — Nancy veía su rostro algo pálido y no mostraba el mejor humor del mundo.

— ¿Le gustaría salir a dar un paseo?

— ¿A dónde? — la miró de repente — ¿afuera?

— Podemos hacerlo aquí, en el jardín— se encogió de hombros— no es muy grande pero servirá.

—Tengo mucho que hacer ahora mismo.

—Solo será un momento, y le aseguro que le ayudará a mejorar su forma de caminar.

Él la miró sorprendido— ¿estoy caminando muy mal?

—Su cojera es a veces más marcada en algunos días y creo que es porque no camina mucho para ejercitar sus piernas.

—¿Y cree que por simples caminatas, cambie lo que ya un médico especialista, me dijo que no tiene remedio?

—No soy una enfermera experta, ya eso lo sabe, pero he conocido personas a las que le faltan miembros e incluso en la escuela hay unos o dos chicos con esos problemas y el doctor les aconseja caminar.

Él la miró como si no supiera de lo que hablaba.

—Excelencia usted me trajo aquí para ayudarlo ¿verdad? Entonces déjeme hacerlo.

—La traje aquí para que me ayudara con mis curaciones y vendajes, y para que me leyera cuando no puedo dormir. Nada más.

—Está bien. Si eso es lo que quiere, me limitare solo a lo que usted me dice—ella se dio la vuelta para irse, pero a Rupert por algún motivo desconocido para él, no le gustó ver en su rostro esa molestia. Sintió el impulso de reconfortarla, de pedirle disculpas por ser tan brusco.

—Muy bien, iré solo un momento pero ni crea que lo seguiremos haciendo todos los días. Ella simplemente sonrió como si estuviera segura de que era exactamente lo que pasaría.

El día estaba particularmente soleado y eso le agradó a Rupert. No podía decir desde cuando no sentía la brisa en su rostro o el calor del sol tocando su piel mientras se dedicaba simplemente a mirar los

alrededores. Por lo general cuando salía, lo había porque no tenía más remedio, ya que sus obligaciones no esperaban o cuando sentía deseos de ir a la escuela de sus amigos para egoístamente consolarse viendo que habían menos favorecidos que él. Miró las flores del jardín, tan fragantes y recordó cuando caminaba en el parque despreocupado, en compañía de alguna dama de sociedad. Jamás le faltó compañía mientras fue un hombre completo.

—¿Qué le parece? ¿No está precioso el día?—le preguntó Nancy.

—Hermoso—respondió con un deje de aburrimento. No quería aceptar delante de ella que en realidad estaba disfrutando del momento.

—No todo debe ser trabajo

—Es fácil decirlo cuando no se es un duque.

—Excelencia, creo que debería darse más tiempo para usted mismo. Disculpe que se lo diga pero la pérdida de un miembro no significa que la vida debe terminar o que las demás personas lo verán de manera desaprobatoria.

—¿Que me va a decir? ¿Qué todo está en la mente?

—Bueno...no iba a decir eso, pero ya que lo comenta, me parece que tiene mucho sentido.

Él la observó un momento—¿porque mejor no me dice como una chica tan bien hablada, inteligente y bonita, ha terminado en la escuela de los marqueses?

—Yo...no sé de qué me habla.

—Lo sabe bien, señorita Taylor. Entre más tiempo paso con usted, más difícil se me hace pensar en que es una de las chicas de la escuela.

—Sí habla con la marquesa, ella le dirá como nos conocimos.

Vengo de la calle como todas las jóvenes de la escuela.

Él negó con la cabeza—se me hace imposible creer eso—le dio una mirada perspicaz—pero respetaré que no quiera decirme la verdad. Después de todo, cada persona tiene su propia historia.

Nancy de repente tenía prisa por regresar—creo que se está dañando un poco el clima, es mejor que entremos.

En los días que siguieron ambos entablaron una relación cómoda, donde estaban más abiertos el uno con el otro, a pesar de que seguían manteniendo las distancias. Rubert dejó de tener tantas pesadillas y salían a recorrer los alrededores juntos, lo que también fue ayudando poco a poco a manejar mejor su pierna porque a pesar de que cojeaba, ya no lo hacía tan marcado.

Nancy estaba leyendo una historia, mientras Rupert la escuchaba atentamente. Eran sus momentos preferidos, pues sin que ella se diera cuenta, él podía mirarla a sus anchas. Se reprendía a si mismo por hacerlo, pero por algún motivo esa chica llamaba poderosamente su atención. Ya no era simple curiosidad, ahora entre más pasaba el tiempo ella empezaba a gustarle. Echaba de menos su voz cuando se iba a visitar a la marquesa, los domingos y se había dado cuenta de que cuando no la tenía cerca, deseaba tenerla a su lado. No podía negar que era una joven agraciada. Tal vez no era una hermosura, tenía una nariz un poco larga, y su tez era demasiado pálida para su gusto. Sí embargo su cabello rubio con suaves destellos rojizos, su piel nívea, y su rostro ingenuo, de grandes ojos verdes, mejillas llenas y labios carnosos, le resultaban irresistibles. Se preguntaba a veces sino sería la falta de una mujer, pues había pasado un buen tiempo, desde que tuvo una calentando su cama.

—¿Que le ha parecido?

Rupert estaba sumido en sus cavilaciones y no se dio cuenta de que ella le hablaba.

—Excelencia, ¿Qué le ha parecido la historia?

Él levantó la cabeza—disculpe, me distraje un momento. ¿Qué me preguntaba?

—Quería saber si le había gustado la historia.

—Oh sí, es de mis preferidas.

—No estaba poniendo mucha atención ¿verdad?—sabía que mentía.

—Lo siento, Nancy. Sabe que me encanta que me lea pero hoy he estado un poco disperso con algunos inconvenientes que parece que hay en la casa de campo. Tengo mucho tiempo de no ir y creo que es hora de hacer una aparición por allí.

—Lo dice de una manera extraña.

Rupert se echó a reír y ella se sorprendió mucho. Jamás lo había visto de esa manera.

—Bueno, lo que sucede es que todos allá creen que soy un ogro y me tienen miedo.

—¿Me pregunto porque será?—dijo ella divertida. Aunque no le extrañaba que lo consideraran de esa forma porque si se portaba como muchas veces lo hacía en casa, muy seguramente le tendrían pavor.

—¿Le gustaría ir conmigo?

—No lo sé...me imagino que debo hacerlo porque soy su enfermera.

—Me agradaría que viniera, pero debo ser totalmente honesto; me invitaran a ciertas reuniones y tal vez abuse de usted pidiéndole que

me acompañe. Como sabrá no soy un hombre muy popular en este momento y seguramente antes habría ido en compañía de alguna dama de sociedad pero debido a las circunstancias...

—Entiendo—le dijo enseguida tratando de no mostrar que se sintió algo incómoda al escucharlo aclarar que ella no sería una opción si estuviera bien.

—Entonces está decidido, iremos al campo.

Ella se levantó—creo que es tarde.

—No se vaya todavía. Tengo un favor que pedirle.

—Usted dirá...

—Me gustaría ir al teatro la próxima semana.

Ella lo miró con horror. —¡No me vaya pedir que lo acompañe!

—De hecho, sí. Solo estaremos con lord y lady Wilmington, ya los conoce.

—Por favor, excelencia, yo no sé comportarme con todas esas personas. No me obligue a ir—le dijo temerosa.

Rupert se acercó a ella sorprendido por ese miedo que veía en ella y se olvidó de distancias tanto físicas como formales—Yo jamás te obligaría a nada, Nancy—se dijo que no veía nada malo en tratarla con más familiaridad. —Solo pensé que te gustaría ir, además no tengo ganas de ir solo pero tampoco quiero hacerles un desplante a mis amigos. Ellos han estado muy pendientes de mí desde que todo esto sucedió.

—Lo entiendo, pero ¿no se ha puesto a pensar lo que dirá la gente si lo ve entrar al teatro con alguien como yo?

—Eres una mujer educada, bonita, no es como si llevara a una persona en harapos o algo peor—tomó una de sus manos y la sintió helada, entonces comenzó a frotarlas —¿tienes frío o es miedo?

Nancy no supo qué hacer ante aquel acercamiento por parte del duque —Es solo frío...—pero si eso era ¿por qué su corazón quería salirse de pecho?

Rupert notó su nerviosismo y supo que ella tampoco era indiferente a lo que estaba pasando entre ellos en aquel momento. La vio respirar profundamente—si usted quiere, puedo ir. No quiero que se sienta mal por estar solo allí, pero no creo que sea la mejor compañía.

—Lo serás para mí—pasó una mano por su mejilla haciendo que ella se ruborizara—si te hace sentir mejor puedes hablarlo con la marquesa y si al final decides que no quieres hacerlo, no habrá ningún problema. Te doy mi palabra. Ella asintió—está bien, hablaré con la marquesa.

En que lío se había metido. Se suponía que la marquesa le diría que no era buena idea ir al teatro con el hombre para el que trabajaba. Se suponía incluso que la ayudaría a decirle a él que por nada del mundo debería hacer algo así. En cambio, ahora estaba sentada en uno de los elegantes sillones de la tienda de la modista más exclusiva de Londres, que caminaba de un lado a otro, mostrándole telas finísimas a la marquesa. Telas que costaban lo que ella ganaría en un año de arduo trabajo.

—¿Qué le parece este, lady Wilmington?

—Precioso—exclamó ella entusiasmada—aunque no me decido entre el verde limón o el violeta.

—Pienso que para el teatro y con el color de piel de la señorita, el violeta se le verá muy bien. Podemos colocarle adornos de en color

plata o dorado y cuando la luz se refleje en ellos, se verá sublime.

—¡Oh sí! Ya puedo imaginar lo hermosa que se verá—ambas voltearon a verla.

Nancy solo negó con la cabeza—yo no creo que...

—También me gustaría que tuviera unos elegantes guantes del mismo color, tal vez de piel de cabritilla.

—Muy bien, así se hará. No debe preocuparse por nada, milady. Ella se verá esplendida.

Sonia la observó un momento—No has dicho nada, querida. ¿Es que no te gusta el tipo de vestido que escogimos para ti?

—Sí, por supuesto lady Wilmington. Es hermoso, lo que sucede es que es la primera vez que voy a un evento como ese y estoy nerviosa.

—Es la primera que ves que asistes a un evento así, pero entrarás por la puerta grande, querida. Y eso, es lo más importante—se acercó a ella y la tomó de las manos—no te aflijas por nada, querida Nancy. Eres una como una pequeña hermana para mí, por algún motivo siempre te he sentido así. Yo me encargaré de que todo salga bien, y que seas un éxito.

Eso no hizo mucho por tranquilizarla pero ella estaba siendo tan amable, que no fue capaz de decir nada más. No quería que pensara que era una desagradecida. Le dio su mejor sonrisa—Es cierto, con ustedes nada malo podría pasar—le dijo fingiendo absoluta confianza.

Capítulo 4

La marquesa le había enviado a su doncella personal para que la ayudara arreglarse. Cuando ella se lo dijo a Nancy, esta no estuvo de acuerdo pero Sonia la silenció diciéndole que tenía siempre dos doncellas que hacían todo por ella y que perfectamente le podía prestar una, sobre todo si era para ayudarla.

—Señorita si quiere puedo hacerle un moño alto, luego puedo colocar algunas pequeñas flores doradas en su cabeza. Su cara es un poco redonda y eso le dará un aspecto más alargado a su cuello y a su rostro—le recogió un poco el cabello para que ella notara el cambio.

—Si, tú eres la que sabes del tema, Margareth. Yo no entiendo nada de estas cosas de belleza.

La chica asintió y se dedicó a hacer lo suyo mientras Nancy sentía que empezaba a sudar por los nervios. Una hora después estaba lista y se miraba al espejo creyendo que esa mujer que la imagen le mostraba, era otra. Casi no podía creer que era ella, que su rostro sólo con un mínimo toque de color en las mejillas y los labios había cambiado tanto. El vestido era precioso y le ajustaba perfecto; su cintura se veía muy pequeña y sus pechos ¡Oh Dios! parecía que fueran a salirse del vestido “No puedo usar esto” pensó.

—Se ve hermosa y así se usa, es la moda—dijo la doncella como si fuera algo muy normal.

Aceptando lo inevitable, Nancy salió de la habitación para encontrarse con el duque.

Rupert esperaba en la planta baja esperando por Nancy. No pensó que aceptaría ir esa noche al teatro y cuando llegó de donde la marquesa con la noticia de que iría, lo tomó por sorpresa. Sin embargo todo el tiempo le dijo que podía retractarse pero ella insistió en que lo había pensado mejor y le gustaba la idea de ver el interior del teatro por primera vez. Él no le creyó mucho porque veía en su rostro que estaba nerviosa, sin embargo estaba agradecido de que hiciera ese esfuerzo por él. De repente la vio bajar las escaleras y quedó sorprendido, era a la imagen misma de la elegancia; llevaba un vestido en tonos violeta que resaltaba el color de su piel. Su cabello recogido en un elaborado moño decorado con pequeñas flores doradas, le confería un aire de elegancia que ya de por sí tenía. Ella se veía nerviosa mientras bajaba con cuidado las escaleras pero al encontrarse con su mirada su gesto se tornó tranquilo.

—Te ves realmente hermosa—le dijo cuando ella estuvo al alcance de su mano.

—Gracias—respondió con algo de rubor en sus mejillas.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

Rupert le ofreció su brazo y ella enseguida lo tomó—fue un gesto sin importancia pero a él le dijo mucho de la confianza que ella empezaba a tener en él.

—No tienes nada que temer, estoy seguro de que será una noche perfecta.

Al llegar al Drury Lane, entraron por la calle Brydges y Nancy pudo ver la cantidad de carruajes en fila dejando a las personas en la entrada del teatro. Damas elegantes con hermosos atuendos y joyas

enormes, subían las escaleras del brazo de sus acompañantes y de vez en cuando alguien se acercaba a saludar al duque y le dedicaban miradas de curiosidad al ver que ella iba de su brazo.

Nancy quería que la fila de gente no fuera tan larga y que aligeraran el paso para poder llegar al palco de los marqueses y así dejar de ser objeto de miradas indiscretas. Pasaron por un espacioso vestíbulo y allí escucho que llamaban al duque.

—¡Excelencia! Qué gusto verlo tan recuperado y en tan buena compañía—dijo un hombre alto de sonrisa jovial que se les acercó.

—Buenas noches, lord Ollerton, es un gusto verlo también—miró a Nancy y la presentó. —¿Lord Ollerton me permite presentarle a la señorita Nancy Taylor mi enfermera y una buena amiga de los marqueses de Wilmington? Nancy fue hacer una pequeña inclinación pero al escuchar lo que dijo Rupert casi pierde el equilibrio. ¿Buena amiga de los marqueses? ¿Pero en qué pensaba este hombre para decir algo así?

—Un placer conocerla señorita Taylor. El conde tomó su mano y la besó, ya veo por qué lord Sutland está tan reestablecido. Con una mujer tan hermosa como enfermera, yo también lo habría hecho.

—Es usted muy amable señor...lord Ollerton—corrigió rápidamente.

—Disfruten la velada, he escuchado que es una obra excelente a pesar de ser un poco larga.

—Le deseo lo mismo, lord Ollerton.

—Señorita Taylor—besó su mano—una mujer tan encantadora siempre es un regalo para los ojos de un caballero. El hombre se alejó con una inclinación de cabeza y se perdió entre la multitud mientras Rupert miraba a Nancy sonriendo.

—¿Sucede algo?—le preguntó ella temerosa de que se estuviera burlando de su equivocación con el conde.

—Lord Ollerton tiene fama de mujeriego pero también de tener un gusto impecable en mujeres y creo que tú lo has impresionado.

—No sé impresionar a nadie—comentó confundida—lo único que quiero es llegar pronto a ese palco. Me pregunto ¿Dónde estará Lady Wilmington? —Y como por arte de magia la vio acercarse a ellos. Venía en compañía de su esposo y sonreía por algo que él acababa de decirle al oído.

—Oh Nancy, te ves maravillosa. No tienes nada que envidiarle a cualquier dama en este teatro.

—Muchas gracias, lady Wilmington. Lord Wilmington—hizo una pequeña reverencia a el esposo de la marquesa.

—Señorita Taylor, que bueno verla otra vez. Se ve usted en verdad, arrebatadora. Parece un ángel.

—Gracias, lord Wilmington—no supo que más decir ante tantos elogios de todos y afortunadamente la marquesa pareció notarlo y cambió el tema—excelencia, ¿cómo está usted esta noche?

—Feliz, lady Wilmington. Hace mucho que no venía al teatro y hacerlo en compañía de tan bellas mujeres, es un buen inicio.

—Creo que ya va a comenzar la obra—dijo de repente el marqués—será mejor apresurarnos a nuestro palco.

—Oh si, vamos rápido. No quiero perderme nada—respondió la marquesa, pero después miro avergonzada al duque—¡Ay Dios! Excelencia, qué grosera he sido. Usted todavía está un poco convaleciente y yo hablando de caminar rápido.

Rupert se echó a reír —No hay nada que disculpar Lady Wilmington, sé perfectamente que está entusiasmada por ver la obra.

He escuchado que es muy buena.

Sonia se sorprendió al escucharlo reír de esa manera cuando desde hacía mucho no lo hacía. Pero al ver cómo hablaba de Nancy, con esa familiaridad supo inmediatamente que era lo que estaba sucediendo allí. Siempre le había dicho a su marido que tenía buen olfato para las parejas. Era por ella, solo por Nancy que Rupert lucía un semblante distinto y ahora se atrevía a salir y rodearse de aristócratas nuevamente. Ella había obrado ese cambio que estaba segura sería aún más grande.

Todos se dirigieron al sitio de la familia Wilmington, era de hecho un palco Privado desde donde se podía tener cierta discreción y no quedaban tan a la vista de todo el mundo. Nancy miraba atónita el hermoso lugar lleno de grandes salones y palcos preciosos decorados con lujo y estilo. Era impresionante la gran cantidad de personas que cabían allí y no se veía una sola silla desocupada. *¿Cuántas personas cabrían allí?* se preguntó.

—Unas 3000, es 4000 creo yo—dijo Rupert.

Ella lo miró avergonzada al darse cuenta de que había pensado en voz alta.

—Es enorme ¿verdad? Una construcción tan imponente sorprende a cualquiera. Ella miraba el techo arqueado de grandes columnas corintias en cada extremo—es muy grande, jamás pensé que algo así pudiera existir.

—Si en cualquier momento sientes deseos de tomar algo podemos pedirlo o puedes ir al final de aquel salón—le señaló—allí podrás tomar lo que quieras.

La obra comenzó, era de lord Byron. Durante todo el tiempo que duro ella estuvo absorta en los actores, sus voces, las vestimentas...

Todo era tan excitante y nuevo para ella, que estaba segura de que se notó en su rostro. Fueron tres horas allí mientras había gente que no aguantaba todo el rato, ella no cabía de la dicha y no quería que terminara.

Al final, Nancy no paraba de comentar con Rupert todo lo que vio y él la escuchaba atento, bajo la mirada conocedora de Sonia. Cuando salieron del palco, comenzó a salir un mar de gente al vestíbulo y terminaron encontrándose con lo que al parecer era una conocida de Rupert.

—Excelencia— se acercó sonriente.

—lady Cromwell, no sabía que estaba nuevamente en el país.

—Llegué hace sólo unos días estaba de visita en casa de la familia de mi esposo pero casi me vuelvo loca allí. América no es el mejor lugar para ir de viaje. Están demasiado atrasados y la gente deja tanto que desear...— dijo en tono despectivo.

La marquesa molesta la miro como una cucaracha —lo curioso es que con ese pésimo gusto que tenemos los americanos, su esposo se haya casado con una inglesa sin tener necesidad de hacerlo porque entiendo que pertenece a una de las mejores familias, de las más influyentes y adineradas de Boston—le dijo para recordarle de paso, que ella también era americana.

La mujer tuvo una licencia de parecer avergonzada —disculpe marquesa, no fue mi intención ofenderla, no hablo de todas las americanas, solo de algunas—le dio una sonrisa fingida y cambió el tema rápidamente.

—Me alegro de verlo mucho mejor—miró a Nancy con la clara intención de saber quién era.

—Muchas gracias—.Disculpe mi mala educación —Lady

Cromwell permítame presentarle a la señorita Nancy Taylor mi enfermera y...

—Oh, su enfermera—se echó a reír—por un momento temí que fuera alguien de buena familia que lo había atrapado—siguió riendo—no la miró más como si al saber lo que era hubiera perdido todo interés. —bueno, es algo loable que haya traído a su enfermera un sitio como éste, algo que será inimaginable para ella.

—No lo hice por caridad lady Cromwell. Ella no es mi enfermera el día de hoy, es mi acompañante.

—Y una buena amiga nuestra —agregó enseguida la marquesa.

—Ya veo...—la observó de pie a cabeza —sin embargo creo que la señorita Nancy se habría sentido más cómoda con las doncellas que están en una de las habitaciones del lobby dónde pueden esperar hasta que termine el evento. Luego se dirigió al Duque—haré pronto una cena en mi casa y lady Wellstone qué estará en la ciudad para esa fecha, me dijo que iría —comentó de manera misteriosa y luego miro a los marqueses —pronto les haré llegar la invitación Lady Wilmington espero verla a usted y a lord Wilmington allí.

—No creo que podamos ir, tenemos muchos compromisos últimamente pero agradecemos qué tan amablemente nos haya tenido en cuenta—el marqués no hizo nada por disimular su disgusto con esa mujer tan grosera. Estuvo a punto de recordarle que ella era un triste florero en todas las temporadas por pertenecer a una familia no muy querida en la sociedad y deshonrada por causa su hermano, que además era un adicto al opio y murió por eso, pero prefirió callar antes de comenzar una escena.

—Muchas gracias Lady Cromwell, pero a dónde voy yo, va la señorita Taylor, de manera que creo que no podré asistir. La sonrisa

de la mujer se desvaneció —Esta bien, excelencia. Tal vez más adelante el desaire de los marqueses y del duque no era algo que se tomara a la ligera y la mujer inteligentemente prefirió hacer una reverencia e irse—Oh creo que veo a mi esposo por allá —sonrió — fue un gusto verlo de nuevo —tomó su abanico y tapó su rostro —tal vez para que no vieran lo incomoda que se sentía en ese momento. Hizo otra ligera inclinación hacia los marqueses y se fue como si alguien la persiguiera.

—Por Dios, que mujer más antipática—dijo Sonia.

—Y también irritante—agregó su esposo.

—Sin duda Lady Wilmington —estuvo de acuerdo, Rupert—. Lady Cromwell no es precisamente una de mis personas preferidas.

Sonia miró a Nancy que estaba pálida y cabizbaja —¿Sucede algo, querida?

—No, lady Wilmington. Sólo estoy algo cansada.

—Yo también, estos eventos me encantan pero tanta atención me desgasta—comentó el duque—vamos al carruaje, ya quiero irme. La noche empezó perfecta pero esa hurraca la dañó.

Todos se echaron a reír mientras caminaban a sus respectivos carruajes.

Ya en el carruaje Nancy seguía muy callada.

—¿Disfrutaste de la obra?

Ella lo miró como si apenas se diera cuenta de que estaba allí. — Oh si, por supuesto excelencia. Fue algo maravilloso.

—Entonces ¿Por qué no has dicho nada desde que entramos al carruaje?

—No es nada. Solo estoy demasiado excitada por todo lo que viví esta noche—dijo tratando de no preocupar a Rupert. Cuando el miró hacia otro lado dejando de insistir, ella limpió una solitaria lágrima que caía por su mejilla.

Después de llegar del teatro, ella subió las escaleras y fue a su habitación. Comenzó a quitarse la ropa mientras pensaba en cómo le habría gustado pertenecer a la aristocracia y poder tener derecho a ir al teatro y disfrutar de todas las cosas de las que ellos disfrutaban sin tener que bajar la cabeza o aceptar en humillaciones. Había sido una noche mágica pero todo se había arruinado con la aparición de aquella mujer y sus comentarios despectivos que terminaron bajándole la moral y mostrándole la vida real. Ella no tenía cabida con esa gente aunque en sus venas corriera sangre noble. Alguien tocó la puerta en ese momento.

—Nancy ¿estás despierta? —preguntó el Duque sorprendiéndola.

—Sí, momento por favor —se colocó una bata sobre su camisón y fue a abrir la puerta.

—Lamento molestar.

—Oh no se preocupe, no lo hace. —Lo miró preocupada—¿se siente bien? ¿Necesita tal vez que le lea?

—No, vine a verte porque quedé preocupado cuando te vi tan desanimada. La idea era que pasarás una noche entretenida porque estabas haciendo un esfuerzo al acompañarme.

—Excelencia...

—Por favor —la detuvo con un movimiento de su mano —no quiero que me llames así.

—¿Cómo más podría llamarlo? Usted es mi patrón.

—Has conocido más de mí en estos días, que muchas personas.

Nunca te he visto como una empleada sino como alguien que está aquí para ayudarme, y vaya que lo has hecho. —ella vio que se acomodaba sobre su otra pierna y notó que tal vez, estar tanto tiempo de pie no le hacía bien. Abrió un poco más la puerta.

—¿Puedo pasar? Sé que no sería correcto pero quisiera hablar un poco más.

Ella lo observó debatiéndose entre hacerlo o no —está bien, pase—. Ambos se sentaron cerca al fuego.

—¿Estás arrepentida por haber salido hoy?

—No—respondió inmediatamente—conocer el teatro, ver a todas esas personas, mirar de cerca ese mundo, fue algo maravilloso.

—Pero aquella estúpida mujer daño todo—dijo él enseguida.

Ella bajó la cabeza —Tal vez, pero sólo dijo la verdad.

—La verdad es que eres una joven de buen corazón, más paciente que un santo y muy hermosa. La mujer que vimos hoy, no es una chica de la calle y no me vas a convencer de lo contrario.

—¿Qué dice, milord? Yo no soy como las jóvenes de sociedad, ni tengo la educación de ellas.

—Cosas sin importancia —se levantó —si me lo permites quiero que vayas a una modista de esas que suelen frecuentar las damas de sociedad y mandes a hacer unos vestidos.

—Ya tengo vestidos.

—Todos horribles.

Nancy lo miro ofendida —puede ser, pero es lo único que tengo y sirven perfectamente para este trabajo.

—No lo hacen, Nancy. Es por eso que quiero que cambies tu forma de vestir para que puedas acompañarme.

—Pero excelencia... ¿porque quiere que su enfermera lo

acompañe a todos lados? No creo que su pie moleste En medio de una cena o alguna reunión.

—Eso no se sabe.

—Además esas reuniones son para aristócratas, no para mí.

—No sólo irás conmigo algunos eventos, también irás al campo y allí tengo conocidos. No quiero que vean a una mujer mal vestida. Eres mi enfermera pero quiero que la persona que cuida mi salud se vea a la altura del duque de Sutland.

—Usted está casi restablecido. Pronto no me necesitará—él se levantó de la silla —yo soy quién decide cuando terminó con tus servicios —dijo molesto.

—Perdón excelencia —se excusó inmediatamente y se sobresaltó cuando la mano de él tocó su rostro.

—No hay nada que perdonar, sólo mucho que agradecer. Hacía mucho tiempo que no me distraía en el teatro, esa fue mi primera salida a algún evento en mucho tiempo. Rupert observó sus labios carnosos y no pudo evitar relamer los suyos. Te veías hermosa esta noche.

—Gracias —el rubor calentó sus mejillas.

—Él le colocó un largo mechón suelto de cabello detrás de la oreja, y sin pensar lo que hacía se acercó más a ella hasta estar a centímetros de sus labios. Al ver que no se alejaban sino que por el contrario sus ojos no se apartaban de él, tomó sus labios escuchándola jadear suavemente pero dejando que el probará su dulce aliento. Él absorbió su lengua haciendo un sonido de placer y ella le devolvió el beso tentativamente intentando hacer lo mismo que él, no tenía mucha idea ya que jamás la habían besado.

Para Rupert fue algo exquisito y su cuerpo se endureció inundado

de calor. Nancy gimió y él profundizó el beso. El corazón de ella martillaba contra su pecho, su lengua se deslizaba sobre la de él y se luego retiraba tímidamente. Rupert sintió que se encendía aún más, comenzó entonces a surcar su cuello con besos hacia la parte superior del camisón donde estaban sus pechos, y ella, al sentir el contacto con esa parte gimió provocando que él mordiera el pezón suavemente sobre la tela.

—¡Dios! Eres encantadora—fue a morder su otro pezón pero ella se apartó de repente—Milord, por favor.

Él se pasó las manos por el rostro tratando de volver a la realidad —lo siento—le dijo avergonzado por su reacción. No era su intención asustarla ¡maldita sea! lo había estropeado.

—Yo no soy...ese tipo de mujer.

—No tienes que decirlo, querida.

—No quiero que piense que...

Rupert puso un dedo sobre sus labios—lo que pienso Nancy, es que me gustas y no lo puedo evitar—el deseo podía notarse en su voz —sé que también sientes algo. Antes de que ella pudiera responder, se alejó—buenas noches.

Ella lo vio salir de la habitación con sigilo y cuando se quedó sola, trató de convencerse a sí misma de que lo que acababa de pasar había sido solo un sueño.

Capítulo 5

Llegaron a la casa de campo en horas de la tarde. Ella estaba bastante cansada y tenía un fuerte dolor de cabeza, pues el trayecto había sido muy largo. Pero la mansión era hermosa sólo con verla sintió que se disipaba un poco su malestar; con estilo muy gótico tan de moda en ese momento se notaba el esmero con el que él duque se había dedicado a embellecer la propiedad. Se respiraba paz, tranquilidad y aire puro, no el envenenado de Londres. Al entrar los recibió el mayordomo que se deshizo en saludos para el Duque. Rupert hizo las presentaciones del caso y dejó claro que Nancy era su enfermera y debía estar en las habitaciones superiores, lo que le valió ciertas miradas entre los sirvientes. Al seguir caminando por la casa vio que su interior era de una belleza digna de una mansión ducal, se preguntó hasta cuando el duque viviría en la casa de Mayfair de la manera en la que lo hacía con tan pocos empleados manteniendo todo tapado con cortinas sin querer ver la luz del sol. Por más que ella le insistía y él había hecho progresos grandes en su actitud, en su salud y en su trato a quienes lo rodeaban, algo que no había podido hacer, era lograr que quisiera dejar de vivir de manera tan lúgubre. “Tal vez aquí, eso cambie” pensó con optimismo.

—Thomas quiero que por favor lleve las cosas de la señorita a la habitación contigua a la mía—ordenó el duque.

—Nancy, estás cansada. Yo puedo arreglármelas con mi ayuda de cámara, ve a descansar un rato.

—¿Estás seguro?

—Completamente, pero puedes acompañarme a cenar más tarde.

Ella le hizo caso porque en realidad deseaba estar un rato a solas y pensar en muchas cosas. Todavía se sentía afectada por las palabras de aquella mujer esa noche en el teatro, y por todo lo que pasó después.

En la noche se encontró con el duque en el comedor. Él estaba muy elegante y cuando la vio se incorporó inmediatamente.

—Por favor, no—pidió ella al verlo.

—El hecho de tener una incapacidad, jamás será un excusa para no ser un caballero—esperó a que ella tomara asiento y volvió a su silla. Los sirvientes comenzaron a colocar los diferentes platos frente a ellos, mientras observaba que cada cosa lucía más exquisita que la anterior.

—¿Que te ha parecido la casa?

—Una belleza.

—¿Tu habitación es de tu agrado?

—Sí, es preciosa y la vista es hermosísima. ¿Por qué tenía tanto tiempo de no venir aquí? —sintió curiosidad.

—Ahora que lo preguntas, no lo sé. Siempre me ha gustado más aquí, que la ciudad pero tal vez era más fácil estar allá por las visitas doctor.

—Pero ahora que está mejor puede disfrutar más de este paraíso.

Él se echó a reír—veo que solo en tu primer día ya estás enamorada de este lugar.

—¿Quien no lo haría?

—Puedo hacerte una lista de mujeres que odian el campo y prefieren mil veces la ciudad.

Nancy suspiró—yo jamás preferiría el bullicio y los cotilleos de la gente en la ciudad, sin hablar del terrible olor, a la paz que se siente aquí.

Rupert volvió a reír divertido—es cierto. ¿Qué te parece si le muestro los alrededores mañana?

—Me parece muy bien, estoy ansiosa de conocer todo.

—Pero debo advertirte que aquí todo el mundo se levanta muy temprano y yo soy uno de esos.

—A mí también me gusta levantarme temprano. Y más aquí.

—Qué bueno ver que ya dejaste ese semblante cansado y triste. Estoy seguro de que a ambos nos servirá este viaje.

Ella asintió en acuerdo—Tal vez tenga razón.

Al día siguiente fueron a cabalgar y como Nancy no sabía hacerlo, la colocaron en una Sunshine, una yegua de color casi dorado hermosa y muy dócil para que aprendiera primero en ella. Nancy estuvo de acuerdo y le pareció lo mejor del mundo y se divirtió en grande visitando diferentes sitios de la propiedad. Se sorprendió de la forma en la que Rupert montaba a caballo sin problemas a pesar de su condición. Se le veía tan feliz, y su semblante era otro.

—¿Quieres ir a pescar?

Ella empezó a reír—no tengo la más absoluta idea de cómo pescar.

—Puedo enseñarte—él también sonrió.

—Está bien—ella salió a toda prisa en la yegua—una carrera—gritó riendo.

Rupert echó a andar su caballo a prisa para alcanzarla y también rompió a reír. Hacía dos horas tenía miedo cabalgar y ahora era toda una amazona. Nancy no dejaba de sorprenderlo, era una mujer

decidida y esa era otra cosa que le gustaba mucho de ella. Todos los días comenzaron a ser una agradable sorpresa. Ella después de arreglarse iba al dormitorio de Rupert, lo ayudaba con su vendaje y hacía los ejercicios que había recomendado el doctor. Le ayudaba con una prótesis que habían hecho a su medida y que le estaba costando trabajo manejar y después de eso lo dejaba para que se arreglara y bajara a desayunar. Allí, en el comedor siempre se encontraban para desayunar y hablaban de diferentes cosas y acordaban que harían durante el día. Le encantaba que Rupert nunca le decía que se quedara en casa, siempre la convidaba a sus paseos, iba con ella a todo lado y gracias a eso, ahora ya conocían más cosas el uno del otro. En las noches solía leerle en el estudio, o jugar cartas, y casi todo el tiempo le ganaba porque después de que él le enseñara, la alumna había superado al maestro.

Una de esas noches tranquilas después de haberse ido a dormir, Rupert tuvo una pesadilla terrible. Soñó con el momento en el que le habían disparado en la pierna, sintió el dolor de la otra bala impactante su tobillo y despedazando su hueso hasta el punto de casi separar su pie del resto de su pierna. Vio nuevamente cuando estaba en la camilla y el doctor le dijo que no había nada que hacer, que podía perder la pierna completa por gangrena si no le amputaban el pie en ese momento. Fue todo tan real que empezó a respirar trabajoso y llegó un momento no soportó tanto dolor y despertó gritando, sudoroso.

Nancy estuvo allí casi enseguida preguntando que le pasaba y sirviéndole un vaso con agua.

— Esa maldita pesadilla nuevamente — dijo él furioso.

— Trate de calmarse, fue solo eso, un mal sueño.

Rupert la miró todavía molesto ¿te parece que solo ha sido un maldito sueño?—le preguntó retirando la sábana a para mostrarle su pierna.

Ella se sintió mal por él—no, por supuesto que no. No he querido dar a entender que no tiene importancia lo que le ha sucedido, pero eso pasó hace mucho y solo son malos recuerdos de algo que usted debe superar.

—¿Y cómo diablos se supera que ya no seas un hombre entero?—gritó.

—Usted es un hombre entero, excelencia.

—¡Rupert, maldita sea!—explotó furioso—no me digas más excelencia.

Ella tragó en seco—muy bien, Rupert—le sirvió un poco más de agua.

—No quiero más agua.

—¿Desea que le lea algo?

—No.

—¿Y entonces que puedo hacer para ayudarlo?—su tono era paciente.

—Rupert la tomó del brazo casi haciéndole daño y tomó sus labios a la fuerza, mientras ella intentaba empujarlo. Nancy se sintió asustada por su violencia, pero él pareció notarlo y cambió el beso a uno más suave, uno que trataba de convencerle, de provocarla.

—Se inclinó sobre ella y depositó suaves besos sobre sus mejillas y frente.

—Quiero...necesito amor, Nancy.

Demasiado distraída en la sensación de sus besos, Nancy apenas atendía a sus palabras y no se dio cuenta de que le quito la bata para

dejarla solo con el camisón de abajo. Cuando él sorbió de su lengua, ella le respondió también. Se puso en pie y extendió su mano hacia ella en una silenciosa invitación y la llevó a su cama. Allí Rupert la estrechó contra él, devorando su boca. Las manos de ella fueron incapaces de quedarse quietas, así que comenzaron a recorrer los hombros de él. Rupert bajó de su boca a su cuello hasta llegar a sus pechos y ella no pudo más que gemir al tiempo que sentía cómo los dedos de él vagaban a lo largo de su pantorrilla produciendo un extraño hormigueo entre sus muslos.

Los labios de él tomaron un pezón con fuerza entre sus labios, mientras sus dedos acariciaban la cara interna de sus muslos. Entonces, Nancy sintió que se aproximaba a su parte más íntima, y algo dentro de ella la hizo querer gritar por la anticipación. Cuando él la tocó allí, pensó que estaba en el paraíso. Sus expertos dedos la acariciaban lentamente y sus caderas cobraron vida propia y empezaron a moverse. Se movió contra él, al tiempo que sus caderas seguían un movimiento parecido a un baile, buscando más de sus dedos Rupert sonreía y le susurraba palabras al oído. Se detuvo solo para quitarse su ropa interior y nuevamente volvió a ella subiendo su camisón para tener mejor acceso. Sus dedos se movieron más profundos, y ella gritó.

—Oh Dios, más—gimió.

Él movió sus dedos de tal forma que tuviera más placer hasta que no aguantó más y subió sobre ella, ya seguro de que estaba húmeda y podía recibirlo. Nancy sintió su miembro duro y caliente entre sus piernas y enseguida vio cómo se impulsaba para penetrarla de una embestida. Ella se abrió para él y gritó cuando sintió la barrera de su inocencia romperse.

—Lo siento, mi amor. Lo siento mucho. Yo no me imagine que todavía eras...—negó con la cabeza—que estúpido, debí imaginarlo. Trató de no moverse durante unos instantes para que ella pudiera acostumbrarse a él.

—¿Te duele?

—Un poco, pero ya está pasando—su voz sonaba asustada.

—Él acarició su rostro—no te preocupes, de ahora en adelante será mejor, ya no habrá dolor, lo prometo.

Rupert comenzó a moverse de nuevo, meciéndose despacio al principio para no lastimarla mas, pero ella lo sorprendió abrazándose con fuerza a su espalda y entonces él intensificó sus movimientos sintiendo como ella arañaba su espalda y se perdía en su propio placer al llegar a su orgasmo. Fue allí cuando se volvió loco de deseo y empujó más rápido, más profundo, se impulsaba en ella con fuerza, mientras ella gemía de placer y enterraba su rostro en su pecho. Luego lo vio tensarse y lanzar un sonido gutural, para luego caer sobre ella agotado. Podía sentir que el convulsionaba dentro de ella y algo cálido la impregnaba. Luego de un rato, él levantó la cabeza y la miró.

—Mi hermosa, Nancy—sonrió—me has dado tanto...—tocó su mejilla y luego la besó—y ahora me das el hermoso regalo de tu inocencia.

Ella se sonrojó al escucharlo. No estaba acostumbrada a hablar de esas cosas. —Creo que es mejor que me vaya a mi habitación.

Rupert la miró extrañado—eso no va a pasar—la brazo—tú te vas a quedar conmigo aquí mismo.

—No, no puedo hacer eso, todo el mundo hablará.

—No me importa, además pienso pasar toda la noche haciéndote

el amor. —y diciendo eso volvió a besarla para luego ir bajando hasta ese lugar que a ella le provocaba tanto placer.

Sus parpados empezaron a abrirse lentamente recordándole a Rupert, las hermosas a las nuevas de una mariposa y aquellos ojos verdes grisáceos se fijaron en él haciéndolo sentir mareado ante su belleza. “¿Cómo pudo pensar en algún momento que era simplemente bonita?” —se recriminó.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios—Buenos días.

Rupert no aguantó las ganas y la besó. Necesitaba sentir esos labios junto a los suyos—Buenos días.

Ella estaba un poco avergonzada recordando la noche anterior— fue la noche más especial que he pasado en años.

—¿De verdad?

—Por supuesto, yo jamás te mentiría —su rostro se hundió en el pecho de ella y comenzó a mordisquear sus senos haciéndola reír. Nancy pensó en la noche que había pasado. Rupert se había mostrado insaciable. Había acariciado su cuerpo y le había hecho cosas con su boca que ahora le parecían impensables. Sintió que se ruborizaba con solo recordarlo. Jamás se imaginó que la intimidad entre un hombre y una mujer pudiera ser así.

—¿Qué te parece si vamos a desayunar?

Ella se levantó inmediatamente casi de un salto— ¿Qué horas son?

—No lo sé, pero creo que deben ser más de las 10 de la mañana.

Salió de la cama rápidamente pero él no se perdió la mueca de dolor que ella hizo.

—¿Te lastimé mucho?

Su rostro se tiñó completamente de rojo—un poco.

Rupert la abrazó—lo siento, pequeña. No era mi intención lastimarte pero te aseguro que fue solo por esta noche, nunca más te dolerá —la miró con una expresión tan dulce que tocó su corazón.

—Debo irme. La gente empezará a hablar.

—Me importa un demonio que hablen. Es mi vida y hago lo que quiera con ella.

—Pero a mí me verán como si fuera una fulana y eso no me gustaría.

—Si quieren conservar su puesto, no se atreverán.

Ella negó con la cabeza—¡Dios! ¿Qué voy a hacer ahora?

—Solo vamos a cambiarnos y bajaremos a desayunar. Nadie te verá si te vas por la puerta que comunica ambas habitaciones.

—Pero se extrañaran al no verme abajo desde bien temprano y tal vez una de las criadas, ha entrado ya a mi habitación para ver si me ha pasado algo o estoy enferma.

—Solo actúa como si nada pasara, ella no te preguntará nada. —sonreía divertido.

—No es algo para reírse—le dijo molesta.

—Lo es, cuando tienes esa carita—se acercó y le dio un beso que la hizo olvidar todo. —Nunca olvidaré esa maravillosa noche que pasamos. Te juro Nancy, que jamás me saciaré de ti, eres perfecta, mi amor.

—Por favor, excelen...

—No te atrevas a llamarme excelencia, después de que hemos estado juntos. Dime simplemente Rupert.

—Pero...

Él no la dejó terminar—Sin peros, amor. Eres mía ahora

—No puedo ser su mujer, usted es un duque y yo soy una

simple...—Rupert silenció lo que ella iba a decir con un beso arrebatador y luego pasó a hacerla suya de nuevo.

Sola en su habitación, lo único en lo que pensaba era en que esto había sido un terrible error. Ella estaba allí en calidad de enfermera y nada más. ¿Qué diablos se le había metido para acostarse con su empleador? Ella no era más que un capricho para él y cuando se aburriera de ella la botaría sin contemplaciones como hacían todos los aristócratas. Cuando la había besado ella no pudo resistirse. Desde que entró a trabajar con él su admiración y por él había crecido hasta convertirse en algo más. —¡Que estúpida! ¡Qué estúpida había sido!

Cuando bajaron a desayunar, ya era bastante tarde, pero nadie se atrevió a mirarlos, a hacer comentarios indiscretos ni nada por el estilo. Respetaban demasiado a Rupert o le tenían demasiado miedo como para hacer algo que lo molestara.

Ambos fueron a pasear después y en la tarde al ver que el día se tornaba lluvioso, fueron al estudio, donde nuevamente terminaron haciendo el amor de manera apasionada. Era como si no pudieran mantener las manos lejos el uno del otro.

Mientras los dos cuerpos desnudos estaban frente al fuego y ella en sus brazos sentía sus lentas caricias sobre su espalda, solo podía pensar en cuan estúpida podía ser una mujer al prometerse y jurarse no volver a caer y terminar haciéndolo unas horas después.

—Estas muy callada—la suaves caricias de él, eran relajantes.

—No es nada.

—Debe serlo desde que no has dicho una palabra—buscó su rostro— ¿estás arrepentida?

—No, pero usted y yo somos muy distintos, vinimos de mundos distintos y la única forma en la que podríamos seguir una relación, sería como amantes—bajó su cabeza—disculpe, pero a pesar de que soy una persona humilde y mi reputación no vale nada, jamás sería la amante de nadie.

—¿Te he pedido que seas mi amante? —su rostro mostró su descontento ante esa idea. Yo nunca haría algo así y menos contigo que te has convertido en alguien tan especial.

—¿Entonces qué es lo que quiere de mí?

—Quiero tu compañía, tu amor. Hace mucho que no me sentía así con una mujer. Pero no quiero apresurar las cosas.

“Ya es tarde para eso” pensó Nancy.

—¿Te parece si me acompañas a una cena que va a dar un amigo en dos días? me ha llegado esta tarde su invitación y me gustaría ir contigo en calidad de acompañante, no de enfermera.

—Prefiero que diga que soy su enfermera. Sí la gente ve que voy sola con usted a todo lado, y vivo bajo el mismo techo, empezaran a hablar y hacer conjeturas. No quiero eso.

—Muy bien, como quieras—Rupert no estuvo de acuerdo pero le hallaba razón a lo que decía—Solo te pido un favor.

—¿Cuál?

—No quiero que vuelvas a tratarme de usted, ni a decirme su excelencia. Te lo he dicho ya, y pareces no querer aceptarlo.

—Es difícil pensar como la mujer de un duque cuando hasta hace poco solo era una chica del montón, sin educación o dote. Alguien de la calle sin importancia.

—No eres alguien sin importancia, Nancy. Eres una mujer educada, no eres igual que las demás jóvenes de la escuela, en

muchos sentidos. Cuando te conocí, eso llamó mi atención, y ambos sabemos que hay más en esa historia pero te he querido dar tu espacio. Ella enseguida se tensó—Gracias por eso. Le prometo...—se detuvo en mitad de la frase—te prometo que lo hablaremos más adelante.

—Bien, entonces aclarado todo, creo que sería buena idea llamar a una modista para que venga a ayudarte con un vestido para la ocasión, y de paso mandar hacer varios más para cuando salgamos a montar o tal vez a pasear.

—No hay necesidad.

—Quiero hacerlo, Nancy—dijo en un tono que no admitía discusiones.

—Está bien—aceptó a regañadientes.

Capítulo 6

Una tarde Rupert recibió una visita inesperada; su primo el vizconde Linster al que hace tiempo no veía se enteró de que estaba en la casa de campo y fue a verlo.

—Por Dios santo, Rupert, pensé que estarías acabado a ese paso que ibas y resulta que te encuentro no solo en la casa de campo sino completamente reestablecido y acompañado de una hermosa mujer —miró con verdadera apreciación a Nancy.

—Señorita Nancy Taylor le presento a mi primo Lord Benjamín Pierce, vizconde de Linster.

—Es un gusto, lord Linster—ella hizo una pequeña reverencia.

—Créame que el gusto es todo mío, hermosa señorita.

Rupert sabía que su primo era un mujeriego de tiempo completo y no vio con buenos ojos que él le echara el ojo a Nancy. —Nancy ¿Podrías dejarnos solos?

—Con gusto, excelencia.

—Rupert le dio una mirada de reproche, pero respetó sus deseos de no hacer evidente su relación delante de su primo.

—Y dime primo ¿Cómo has estado?—le preguntó tratando de desviar su atención.

—¿Cómo has estado, tú? Cuando me enteré de que estabas aquí casi caigo de la silla de mi caballo.

—Decidí venir a tomar aire fresco. En esta época, Londres se hace un poco pesado.

—Por supuesto, es fin de temporada. La verdadera actividad está aquí y en Bath.

—No solo en Bath, hay otros sitios, la cosa es que sea fuera de Londres.

—He escuchado que Brighton también tiene actividades interesantes por estos días.

—Sin hablar del maravillosos escape que es, para las exigencias de la vida en Londres.

Apenas me enteré en el pueblo de que estabas aquí, quise venir. Y qué bueno que lo hice, porque esa maravilla de enfermera que tienes, es preciosa.

—Eso acabó con su paciencia. Sabía que si no le ponía un límite a su primo, estaría allí todos los días intentando seducir a Nancy y eso sí que no lo permitiría.

—Ya basta, Benjamín. Ella no es como las mujeres a las que acostumbras levantarles la falda y hacerla tuyas.

Benjamín lo observó con curiosidad—vaya primo, jamás te había escuchado defender a una empleada.

—Porque jamás te has atrevido a meterte con una de ellas. Mis empleadas están bajo mi protección Y no permitiré que te metas con ellas.

Él se echó a reír—no me creas estúpido. Tienes algo con esa chica, pude ver como la mirabas.

—No tengo nada con ella.

—No te culpo si lo haces. Es de muy buen ver y después de este tiempo en el que has estado encerrado te caerá de perlas para ir entrenando mientras te animas a buscar una apropiada duquesa. Luego, tal vez puedas prestármela a mí—se echó a reír y vio como

Rupert tomaba su bastón y se levantaba para hacerle frente. —Cállate de una maldita vez. Esa mujer no es de nadie más, Nancy es mía y me casaré con ella.

Benjamín lo miró como si hubiera perdido la razón—pero qué diablos...

—Así es. La señorita Taylor y yo, si tenemos una relación y aunque todavía no lo hablo con ella, me gustaría que más adelante pudiéramos casarnos.

—Pero Rupert, por el amor de Dios, ¡ella es una sirvienta en tu casa!—exclamó horrorizado.

—Es mi enfermera.

—¡Pero! Sabes lo que se dice de las enfermeras, no tienen honra, ni reputación alguna. No puedes estar tan loco como para meter en nuestra familia a una mujer tan ordinaria.

Rupert alzo una ceja mirándolo con escepticismo—antes no pensabas eso.

—Sabes lo que quiero decir, puede ser hermosa, pero definitivamente no hay una pizca de sangre noble en ella. ¿Qué diría mi tía si supiera esto?

—No metas a mi madre aquí, ella ya murió por lo tanto no puede decir nada y dudo mucho que tuviera la forma de pensar de tu madre, porque sabes bien que aunque mi padre era un duque mi madre era la hija de un simple caballero.

—Cuarto hijo de un barón. No es lo mismo que una enfermera que sabrá Dios cuáles son sus orígenes. —Levantó sus manos en señal de rendición ante la mirada asesina de su primo—Está bien, pensemos con calma las cosas—Tu eres un duque, pero al final de cuentas, un hombre como cualquier otro. Tienes necesidades

obviamente y has estado enclaustrado por tu propia voluntad en tu casa porque pasaste hace un tiempo una terrible experiencia y pensaste que ya ninguna mujer se fijaría en ti.

—¿Que tiene que ver eso?

—¿No sería posible que por todo esto, y al encontrarse con una hermosa chica, joven y saludable, pensaste que podrías seducirla y que con título ella jamás se opondría a tus avances? ¿Tal vez no pensaría en ti como algo horrible porque te falta un miembro? Ella estaría feliz de retozar en tu cama a cambio de joyas, dinero y hermosos vestidos.

La sangre de Rupert estaba casi en ebullición y poco faltaba para demostrarle a ese imbécil que un hombre horrible, sin un miembro como él, bien podría todavía darle un buen golpe y mandarlo al demonio.

—Todas esas cosas puedes hacerlas con una amante. No hay necesidad de darle un título si la puedes tener en una bonita casa, darle todo lo que quiera y tener por otro lado, una digna duquesa en tu hogar. No serías el primero en preferir a su amante e incluso ponerla en primer lugar ante su esposa. Pero nadie tiene porque saberlo.

Rupert tomó impulso y le dio un puño en toda la cara—cállate de una vez.

Benjamín se echó para atrás por la fuerza del golpe y cayó al piso.

—Eres un pequeño y estúpido dandi que cree que cualquier mujer en este mundo puede ser pisoteada. Ninguna, ni siquiera las de la nobleza son suficientes para ti. ¿Cuándo aprenderás a que la gente tiene sentimientos? ¿A que el mundo no gira a tu alrededor? Maldito ególatra snob. ¡Lárgate de aquí!

Benjamín se incorporó limpiando la sangre de su boca—eres un idiota, Rupert. Todo lo que he dicho es por tu bien, pero si quieres ser el hazmerreír y la comidilla de todo nuestro círculo social, es tu problema—salió del salón hecho una furia y casi choca con el lacayo que venía con la bandeja de té. Nancy que venía detrás lo miró extrañada—¿sucedió algo, lord Linster?

—Nada importante—sus ojos tenían tal furia contenida que ella se asustó—es usted una mujer muy inteligente, señorita Taylor. Ha sabido escalar muy bien su nueva posición—diciendo eso se dirigió a la salida y ella quedó allí preguntándose qué era lo que acababa de pasar.

Al entrar al salón vio a Rupert que se paseaba furioso de un lado a otro.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, no es nada.

—Tuvo que ser algo, porque no estaría usted tan molesto si fuera algo sin importancia.

—Es solo que mi primo puede llegar a ser a veces un verdadero imbécil.

—Él me dijo que había logrado escalar muy bien mi posición. ¿Sabe a qué se refería?

—Sí, lo sé—le respondió él molesto. ¿Es tan difícil tratarme de tu, Nancy?

—¡Oh!—ella lo miró avergonzada —lo siento.

—Ya no importa—se hundió en su silla.

—No respondiste mi pregunta. ¿Por qué diría eso?

—Es un estúpido snob que cree que tiene la sangre más azul de Inglaterra.

—¿Y porque diría algo como eso?

—Precisamente porque para él no tienes la sangre noble necesaria para pertenecer a nuestra familia.

Nancy bajó la cabeza—¿usted le dijo que tenemos algo?

—No tenemos algo—extendió su mano hacia ella para que se acercara. Nancy lo hizo y él la puso en su regazo—tenemos una relación y me importa un demonio que a la gente no le parezca. Nadie estuvo a mi lado todo este tiempo ayudándome, preocupándose por mí, como lo hiciste tú. Por Dios, es que hasta sabes de mis pesadillas y me ayudas a mantenerlas a raya.

—Es lo que hace una enfermera—le dijo consciente de que en ningún momento decía que sentía algo más por ella que agradecimiento o tal vez deseo.

—Puedo ver que estás pensando demasiado—acarició su rodilla subiendo su vestido—no pienses tanto, amor mío. No quiero que te preocupes por cosas tontas—le dio pequeños besos en su cuello distrayéndola—me encanta tu piel—subió hasta el lóbulo de su oreja y mordisqueó suavemente mientras ella cerraba los ojos y se perdía en sus caricias.

La doncella que ahora Rupert había contratado para Nancy, estaba allí ayudándola con su vestido. Nancy no podía creer que estuviera pasando por todo ese suplicio nuevamente. Hacía poco había asistido con el duque a una obra de teatro donde tuvo que soportar miradas indiscretas y especulaciones de todo tipo, y ahora iba a hacerlo de nuevo porque al parecer no había aprendido la lección. Sentía que se iba a enfermar del estómago en cualquier momento, era demasiada tensión. Mentalmente dio gracias por los años que vivió en aquella casa donde su madre trabajaba, y el haber puesto mucha atención a

cada una de las lecciones que les daba a los hijos de la patrona de su madre. Gracias a las clases de las diferentes institutrices que iban a la casa en esa época, ella hoy día sabía cómo comportarse, como comer y hasta sabía un poco de tocar el piano. Todas eran cosas que por derecho debió aprender y sin embargo no lo hizo de la manera habitual porque no era una hija reconocida.

—El señor me ha dicho que use esta joya con su vestido—la muchacha abrió una caja de terciopelo y vio atónita un hermoso collar de zafiros junto a unos preciosos aretes largos de diamantes.— Que hermoso.

—Lo es, señorita. Se verá preciosa con ese vestido y esas joyas, será la envidia de las damas esta noche.

Ella pensó que solo se conformaba con terminar la noche sin ningún incidente y sin personas que la hicieran sentir fuera de lugar.

Luego de peinarse fue encontrarse con Rupert.

Ella bajó las escaleras lentamente y al verla, Rupert pensó que era como un ángel bajando del cielo. Se veía hermosa casi irreal. La chica sencilla de aspecto humilde y tímido había desaparecido para dar lugar a una mujer sorprendente vestida con un precioso atuendo de color gris plata con cristales bordados en él, lo que le confería una elegancia que aumentaba su belleza, si eso era posible. El vestido brillaba a la luz de las velas de una manera impresionante, se ceñía a sus pechos, y luego suavemente caía dejando entrever su voluptuosa silueta.

—Pareces un mismo ángel. Eres la mujer más hermosa que han visto mis ojos.

Ella se echó a reír—eres un mentiroso.

—Juro que digo la verdad—la miraba atontado.

—Espero que todo esto salga bien.

—Tranquila, saldrá todo bien. Solo somos una pareja disfrutando de una cena con gente normal.

Llegaron veinte minutos después a casa del conde de Harlton, al parecer un hombre importante que conocía a Rupert desde hacía bastante. La casa era muy bonita y al entrar le agradó ver que era un lugar acogedor, a pesar de ser lujoso. Se encontraron enseguida con el anfitrión, su reciente esposa y su hijo.

—Excelencia, que bueno verlo de nuevo , y tan recuperado.

—Lord Harlton, ha pasado demasiado tiempo.

—Es cierto, mi querido amigo. No debemos permitir que suceda de nuevo.

—Excelencia —lo saludo la esposa del conde—que gusto que nos pueda acompañar esta noche.

—Lady Harlton no podía dejar de venir a la casa de mis buenos amigos—miró a Nancy y tomó su mano —quiero presentarles a la señorita Nancy Taylor, mi enfermera y acompañante de esta noche

—Mucho gusto, señorita Taylor—hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Ella hizo una pequeña reverencia mientras el hombre besaba su mano. Nancy sintió algo indescriptible cuando lo hizo, pero no sabía explicar la razón. Él la miraba fijamente como si la conociera pero era imposible, ella nunca lo había visto en su vida.

—Por favor, están en su casa, pasen al salón donde están los demás invitados.

Ellos siguieron hacia el salón mientras sus anfitriones seguían

saludando a los demás invitados que llegaban. Seth, el hijo del conde se acercó a su padre.

— ¿Padre, ha visto eso?

— Por supuesto que lo vi Seth, estaba aquí mismo a tu lado—le dijo molesto porque a veces era demasiado snob.

— Es que es una desfachatez traer a su enfermera a un evento con gente de la nobleza. Esa mujer no tiene cabida aquí y el duque la trae como si fuera una igual.

— Es amigo de esta familia y si esa fue su elección, no tengo ningún problema con ello.

— Pero padre...

— Ya basta, Seth. En lugar de estar creando problemas donde no los hay, ayúdame a darles la bienvenida a nuestros invitados y preocuparte porque pasen un rato agradable con nosotros.

Nancy vio que el salón al que llegaron estaba dividido en dos amplios ambientes con un buen fuego en la sala y un salón al fondo lleno de personas que reían y conversaban. Estuvieron hablando con algunos conocidos del duque y un rato después todos se reunieron en el comedor para la cena. Había una gran chimenea de mármol que mantenía cálido todo el lugar y sin embargo una cantidad de velas estaban distribuidas por todo el lugar dándole un aire sofisticado y romántico. Nancy se sentó al lado de una mujer a la cual no conocía y del otro estaba el conde de Harlton. Rupert estaba bastante alejado de ella por lo que apenas podían cruzar miradas de vez en cuando. Los lacayos comenzaron a servir la cena que consistía en platos como; arroz de ternera con tomates, sopa de tortuga, anguilas guisadas, pastel de paloma, cocido de pavo en salsa de apio, lengua y postres tan elaborados como crema con flores, Jalea de albaricoque a la

Parisiense, Carlota de vainilla y otros más.

En todo este tiempo ella había estado asustada de decir algo incorrecto o comportarse de forma maleducada pero recordó las clases que le dio la marquesa antes de venir. Era una suerte contar con una buena persona como ella a su lado, incluso se atrevía a pensar que eran buenas amigas aunque entre las dos había un mundo de diferencia. Sonrió internamente al pensar como apenas le contó que Rupert pensaba llevarla a la casa de campo, ella le dijo que tenían que hacer un pequeño curso intensivo de etiqueta, porque en esa época del año en la que iban muchas personas estaban en sus casas de campos o asistiendo a invitaciones de sus vecinos. *“Gracias a Dios por ella”*, se dijo cuando vio frente a ella esa cantidad de platos y cubiertos para cada cosa, porque con todo lo que aprendió en la casa donde su tía trabajaba nunca alcanzó a ver las clases completas, mucho menos las de etiqueta.

Cuando acabó la cena, los lacayos recogieron la mesa y las damas se retiraron al salón para tomar café, mientras los caballeros prefirieron quedarse a tomar un brandy fumar y hablar de sus cosas.

Una mujer se le acercó observándola fijamente—señorita Taylor ¿Verdad?

—Sí, soy yo.

—Soy lady Patricia Hampton—se presentó—ambas mujeres hicieron una reverencia.

La mujer fue al grano—Cuénteme ¿Cómo hizo para lograr el empleo de enfermera de unos de los solteros más cotizados?

—No sé a qué se refiere.

—Bueno...es que me parece algo extraño que su enfermera lo haya acompañado a una cena donde solo debía asistir gente de la

aristocracia.

—Él me contrató, así que debería mejor preguntarle a él.

—¿Y dónde se conocieron?

—Una buena amiga del duque es amiga mía también y al saber que él necesitaba de una enfermera, me recomendó. —La miró nuevamente —lo que me parece un poco extraño es que usted no parece en absoluto una enfermera.

Nancy le dio su sonrisa más falsa—¿Y qué parezco, lady Hampton?

—Al decir verdad no lo sé, pero le recomiendo que no se fije en él de manera romántica. Sé que ustedes las muchachas jóvenes se ilusionan con facilidad sobre todo con los hombres ricos y estos lo único que buscan es disfrutar de sus encantos para luego perder interés y dejarlas. Usted parece una buena persona, por eso se lo digo.

Nancy sabía que lo último que esa mujer tenía en mente era ayudarla pero se aguantó las ganas de darle la respuesta que tenía en la punta de la lengua y elevó una pequeña oración de agradecimiento cuando Rupert volvió con el resto de caballeros al salón donde estaban las damas.

Notó que cuando los hombres aparecieron, el conde no dejaba de mirarla. De hecho no lo de hacer desde que llegó y no entendía la razón. Tal vez se imaginaba que ella y Rupert eran amantes como seguramente estaba pensando todo el mundo allí. Obviamente para todos era una candidata perfecta para ser el revolcón del duque pero nada más.

Capítulo 7

Rupert llegaba al salón donde estaban las damas cuando vio a una mujer que conocía de tiempo atrás, una que no le traía gratos recuerdos y estaba nada más ni nada menos que con Nancy. Patricia Hampton, era una mujer insidiosa y chismosa, que además era una muy buena amiga de Lila Campbell, su ex-amante hace mucho tiempo. Lila había preferido casarse con otro hombre porque él no le era suficiente ya que a pesar de que en la cama se llevaban muy bien, Rupert en ese entonces no poseía ni la fortuna, ni el título que ahora portaba. En ese momento, él era el segundo hijo del Duque de Sutland, su padre. Daniel, su hermano, era el heredero hasta que murió de tuberculosis y sin haberse casado no dejó heredero alguno. Fue por eso que enviaron por él al regimiento donde estaba como capitán y apenas dos días antes de viajar a Inglaterra sufrió una emboscada con su grupo, en la cual murieron casi todos y él perdió su pie izquierdo. Pero luego cuando fue nombrado Duque y casi enseguida de su tragedia, ella fue de las primeras en buscarlo, escribiéndole una otra donde le decía lo terriblemente arrepentida que estaba de haberse casado con su esposo y que todavía lo amaba. Ya era tarde para eso y él no se tomó el trabajo de siquiera contestarle, rompió la carta y la botó a la basura al igual que todos sus recuerdos con ella. Se acercó a Nancy—que se veía bastante incómoda con la mujer— ¿cómo la está pasando, señorita Taylor?

—Muy bien, excelencia.—ambos sabían bien el papel que debían

hacer frente a los demás.

—Lord Sutland, que placer volverlo a ver.

—Lady Patricia—solo la saludo con una leve inclinación de cabeza.

—¿Cómo ha estado?

—Muy bien, gracias.

—Una amiga mutua le envía saludos—se rio de manera traviesa— la condesa está por llegar en estos días y en una de sus cartas me ha preguntado por usted y le ha enviado saludos.

—Muchas gracias. Ahora si me disculpa, tengo que hablar con la señorita Taylor.

—Oh, por supuesto. Adelante.

Los dos se apartaron y él la tomó del brazo—¿Te estaba molestando esa mujer?

—No—le dijo sin mirarlo a los ojos.

—Sé que sí, esa mujer puede llegar a ser una bruja cuando se lo propone.

—¿Quién es la condesa de la que hablaba esa mujer?

—No es nadie—su tono fue más brusco de lo que quería.

—Yo...voy a ir al tocador un momento. Ya vuelvo—le dijo sin esperar a que él contestara. Se sentía mal y hasta un poco abrumada por tantas cosas.

Rupert se quedó mirando hasta que ella se perdió por el pasillo que llevaba al tocador y no se dio cuenta de que el conde se ponía a su lado.

—¿La está pasando bien, Sutland?

—Muy bien, querido amigo. Gracias.

—No tiene que darlas. Sabe que está en su casa.

—De verdad es así como me siento cuando vengo aquí.

El conde sonrió amablemente, luego se acomodó el cuello de su camisa con cierta incomodidad—Sutland, ¿Podría hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Quisiera saber más de la señorita Taylor. ¿La conoció en Londres?

—Sí, la conocí allá. ¿Por qué la pregunta?

—Me parece que la he visto antes pero no sé dónde. Tal vez sus padres...

—No lo creo, Lord Harlton, ella hasta donde tengo entendido es huérfana y sus padres no tenían nada que ver con la nobleza.

—Es una pena—le dijo mostrando en su rostro sincera tristeza. ¿Y de casualidad sabe si es de Londres o de algún sitio cerca de allí?

—No lo sé, no le hago ese tipo de preguntas tan personales a mi enfermera—respondió sintiendo que ya era extraño que el conde preguntara tanto por ella.

—Me gustaría preguntárselo a ella personalmente si me lo permite.

—Sí ella no tiene inconveniente, yo tampoco.—le dijo como si no le importara pero ya estaba empezando a fastidiarle la actitud de aquel hombre.

Cuando Nancy regresó del tocador, vio a los dos hombres hablando y el conde enseguida fue a su encuentro—señorita Taylor, espero que esté pasando un rato agradable—su sonrisa amable le dio confianza.

—Sí, muchas gracias lord Harlton. Todo ha estado perfecto, y su casa es una verdadera belleza.

—Muchas gracias, siéntase como si fuera suya también.

A Nancy le pareció extraño aquel ofrecimiento de su casa, a alguien que acababa de conocer pero supuso que era por ser amable y porque venía con el duque. El conde la miraba de una forma tan extraña que ella empezó a sospechar que algo pasaba. Sus ojos la observaban con extrema curiosidad pero también con anhelo, incluso podría decir que era tristeza lo que veía en su mirada.

—Me gustaría volver a verla, si es posible. ¿Sus padres viven en Londres? —le volvió a preguntar como si no supiera ya la respuesta.

—Mis padres ya murieron hace un tiempo—era una pequeña mentira, su padre nunca estuvo presente pero se imaginó que a un hombre como ese le escandalizaría que el duque estuviera al lado de alguien cuyos orígenes fueran inciertos, aunque fuera solo su empleada.

—Es una pena escucharlo. Pero me imagino que alguien se habrá encargado de usted ¿verdad?

—Bueno, yo...estuve un tiempo viviendo con un tío y trabajaba con él—no vio nada de malo en decir que era un tío, aunque Dolan no era nada suyo, ella lo veía como un tío lejano fue lo más cercano a una familia que tuvo cuando la ayudó al verlo en la calle.

—Ya veo. ¿Y cuál es el nombre de su tío?—esto empezaba a incomodarle pero afortunadamente Rupert llegó en ese momento aunque no con una sonrisa en el rostro.

—Lord Harlton, le agradezco mucho la invitación, pero creo que ya es un poco tarde y debemos irnos.

—No, por favor, no se vayan. Disfruten un rato más de la velada.

—No podemos, tengo algunos compromisos para mañana y la señorita Taylor me había dicho hacía un rato que se sentía algo

indispuesta.

—Oh ya veo.—tomó la mano de Nancy —señorita Taylor, espero que se mejore. No sabe lo feliz que me ha hecho su presencia en esta casa. Sí no es atrevimiento me gustaría invitarla a usted—luego vio la cara de Rupert y se corrigió—a usted y al duque a un picnic que haremos dentro de unos días.

—No creo que podamos...—comenzaba a decir él cuando la respuesta inmediata de Nancy lo dejó perplejo

—Sería un placer—luego como si se diera cuenta de lo que había hecho intentó arreglarlo—bueno, si su excelencia está de acuerdo—su rostro ardía de vergüenza.

—Gracias por la invitación, lord Harlton, por supuesto asistiremos—dijo de mala gana—ahora si nos excusa, debemos irnos ya.

El conde besó la mano de Nancy—gracias por venir, señorita Taylor. Espero verla pronto. Luego se dirigió a Rupert—lord Sutland —ambos hombres hicieron una inclinación de cabeza—fue un gusto verlo de nuevo, me alegro mucho de que se haya recuperado tan bien.

—Gracias por la invitación, lord Harlton—fue todo lo que dijo Rupert y ofreció su brazo a Nancy que lo tomó enseguida.

Lord Harlton los vio irse con la sensación de que si lo que pensaba era cierto, al fin tendría la paz que tanto anhelaba su corazón.

Llegaron a casa y Nancy vio a Rupert salir del carruaje temblando de ira. En todo el camino solo le había respondido con monosílabos cada vez que ella le decía algo, y ella no entendía la razón. Subió a su habitación y lo vio hacer lo mismo sin siquiera decirle buenas

noches, cosa que la preocupó aún más. A ella le pareció que todo salió bien dentro de todo, en aquella cena con los Harlton, pero al parecer algo había pasado que ella no percibió. ¿O tal vez pudo ser la conversación con el conde? No, imposible. Ella en ningún momento hizo algo de lo que debiera avergonzarse, su conducta fue la correcta delante del conde. Pero Rupert era celoso, y tal vez pensaba diferente.

La doncella entró para ayudarla con el vestido.

—¿señorita la pasó bien esta noche?—le pregunto mientras desabrochaba su vestido.

—Sí, Ida. Todo estuvo muy bien.

—¿Se siente indispuesta?

—No, solo cansada—no dejaba de pensar en el rostro molesto de Rupert.

—Puedo ayudarla con eso, si quiere.

—No, Ida. Solo ayúdame a quitarme todo esto y ya me iré a dormir.

—Muy bien, señorita. Un rato después cuando Nancy ya estaba con su camión puesto, alguien tocó la puerta. La doncella fue a abrir y se encontró con Rupert—Excelencia—bajó la cabeza. Ida le tenía pavor porque lo había escuchado gritar más de una vez cuando ella era solo una niña y vivía en aquella casa con su madre. Cuando el duque le sugirió a su madre el ama de llaves de allí, que ella podría ser la doncella de la señorita Taylor, se moría de miedo pero como necesitaba el trabajo accedió.

—Déjanos solos, Ida.

—Sí, excelencia—la muchacha cerró la puerta con sigilo.

Rupert entró pareciendo un león enjaulado. —¿Me podrías

explicar qué demonios fue todo aquello?

—¿A qué te refieres con todo aquello?

—A tu comportamiento desvergonzado con el conde.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué comportamiento desvergonzado? El conde solo se acercó a preguntarme si la estaba pasando bien en la reunión y me hizo algunas preguntas sobre mi familia, nada más.

—Vi cómo le coqueteabas maldita sea. Es que acaso te parece mejor que yo? Por Dios, es un viejo!! Pero me imagino que para ti es mejor prospecto porque a esa edad puede morir más rápido y dejarte como toda una viuda rica.

—¿Que tonterías dices? Ese hombre está casado.

—Él la miró con sarcasmo—estoy seguro de que no tendrás ningún problema en ser su amante. Eso es lo que eres ahora mismo y no te molesta.

Ella se acercó a él y sin pensarlo dos veces le dio un bofetada—si eso es lo que piensas de mí, lo mejor es que me vaya inmediatamente. Yo sabía que al final esto pasaría porque obviamente lo que sientes por mí no es más que deseo. ¿Cómo podría un duque mirar a una mujer como yo de otra manera?—sus ojos estaban brillantes por las lágrimas no derramadas pero trató de aguantarse todo lo que pudo. No quería perder su dignidad delante de aquel hombre que acababa de humillarla de una forma tan horrible.

—Yo te veía como la mejor mujer del mundo, realmente me interesabas, pero ahora puedes irte al demonio, no eres más que una arribista, interesada que al ver a un hombre que te funciona mejor para tus planes, decides cambiarme.

—Yo nunca te cambié Rupert. Yo si me enamoré de ti, y no tengo

la culpa de que lord Harlton me haya hablado por unos minutos. No tenía idea de que nadie podía acercarse a mí.

Nancy no lograba reconocerlo ahora, estaba asustada porque jamás lo había visto de esa manera. Sabía que tenía un carácter fuerte y malgeniado sobre todo cuando tenía sus pesadillas pero nunca su mal carácter fue con ella, como ahora.—Tienes razón, me iré pero no puedo hacerlo en este momento. Ya es muy tarde, sin embargo mañana a primera hora ya no me verás más aquí.

Rupert salió de la habitación dando un portazo que por poco saca la puerta de sus goznes y se fue de nuevo a su habitación pero alcanzó a escuchar su llanto y eso lo conmovió. ¡Pero maldita sea! Él vio como el conde mostraba su interés en ella descaradamente incluso viendo que era su acompañante y odió ver que ella no fue capaz de apartarlo o decirle algo que lo alejara. Bajó a su estudio a tomar un trago pero con el paso de las horas, las palabras de Nancy lo perseguían. Se había quedado mirando fijamente las llamas del hogar, pensando en su reacción exagerada ante lo que había sucedido esa noche y ahora se sentía como un asno por haberla tratado de esa forma. Era cierto, el conde en ningún momento le faltó al respeto con sus preguntas, solo sentía una inusual curiosidad por ella, pero ahora que lo pensaba mejor, su rostro nunca mostró algún gesto o mirada de lascivia o interés deshonesto hacia ella. *¿Pero entonces qué diablos quería con ella?*, se preguntó *¿Por qué quería verla de nuevo? Que era lo que le había dicho cuando habían hablado? ¿Qué Nancy le recordaba a alguien?* en todo caso por lo que fuera, Nancy no podía salir de su vida. Sería como morir, sería volver al mismo abismo del cual sentía que había salido gracias a ella.

Capítulo 8

Rupert no supo en qué momento se quedó dormido pero cuando se despertó empezaba, a amanecer y se escuchaba un gran alboroto afuera. Fue a ver de qué se trataba y vio que Nancy bajaba con una pequeña valija, tenía puesto el vestido gris horroroso con el que llegó a trabajar a su casa la primera vez, los zapatos gastados que tenía ese día, y una pequeña cartera que había visto mejores días. Todo eso contrastaba con la despampanante mujer que había bajado las escaleras la noche anterior.

El mayordomo miraba sin saber qué hacer y la doncella sólo lloraba.

—Por favor señorita, no se vaya—le suplicaba Ida.

—Tengo que hacerlo, Ida. Mi trabajó con el duque ya terminó.

—¿A dónde iré?

—Me imagino que al lugar de donde vine—dijo con tristeza.

—El cochero la espera señorita—dijo el ama de llaves.

—No, señora Duffey —creo que esta vez me iré por mi cuenta.

—Pero señorita...

Ella no va a ningún lado —dijo la voz grave de Rupert. Los sirvientes se quedaron inmediatamente en silencio. Se podía escuchar en ese momento hasta la caída de un alfiler.

—Nancy, quiero hablar contigo.

Ella lo miró dolida —pero yo no tengo nada que decirle.

Por favor —sus ojos estaban inyectados en sangre y el semblante

descuidado que tenía le dijeron a ella que había pasado una noche tan dura como la suya. Eso le causó cierta satisfacción.

—Creo que ya me ha insultado lo suficiente.

—No voy a ventilar nuestros asuntos personales delante de los sirvientes.

—Pues entonces no lo haga —volvió a tomar su valija y se dirigió a la puerta, pero él, la alcanzó—si no vas a venir por las buenas, vendrás por las malas porque yo no he dicho todo lo que quiero—la tomó del brazo y ella intentó soltarse.

—¡Nancy!—exclamó molesto, pero ella vio que su rostro estaba afligido—solo unos minutos. Ella no pudo decirle que no y dejó de luchar. —Está bien, pero solo un minuto. Los dos fueron al estudio y él le pidió que tomara asiento. Trataba de buscar las palabras correctas para disculparse y decirle que la amaba, pero no sabía cómo después de actuar como un perfecto idiota—. Amor, yo sé que te herí, que no me porté como una persona que de verdad te ama, pero estaba celoso. Ese interés repentino del conde hacia ti, me molestó y no supe reaccionar.

—¿Te di motivos para que pensaras que soy una arribista, una egoísta? En algún momento me viste coquetear con ese hombre o algo por el estilo.

—No, no, en ningún momento.

—¿Entonces porque dijiste todas esas cosas? Porque nunca te mides para hablar. Solo te pones de mal genio y la pagas con la pobre alma que se te atraviese y no mides las consecuencias. ¿Era tan difícil preguntarme que me había dicho el conde?

—Lo sé—no podía mirarla a los ojos—discúlpame, por favor. Yo no pienso esas cosas de ti, las dije en un momento de rabia pero te juro

por lo que es más sagrado para mí, que no pienso eso.

—De todas formas es mejor que ya dejemos las cosas así. Ya estás mejor, y yo no soy el tipo de mujer para ti. Ahora ya estas alternando con gente de tu clase y pronto encontrarás una buena mujer para que sea tu esposa.

—No quiero otra mujer—fue hacia ella que cada vez se alejaba más.

—No puedo seguir aquí, Rupert.

—Si te vas, acabarás conmigo. Por favor olvida todas esas estupideces que dije, jamás volveré a desconfiar de ti.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo—tomó la mano de ella y la puso en su corazón mientras lo decía. Había considerado durante toda la noche la idea de hacerle una propuesta pero no sabía si aceptaría y menos después de lo que acababa de pasar. Estuvo buscando a una mujer que le pareciese adecuada y pensó haberla encontrado en Lila pero no fue así, y ahora que lo pensaba estaba agradecido por eso. La esposa de un hombre como él tendría que ser de carácter fuerte, y debería poder encajar en los círculos sociales que frecuentaba un duque. Y ese era el problema con Nancy, que aunque estaba enamorado de ella y no le importaba lo que la gente dijera, a ella si le afectaría. Sin embargo estaba harto de que su título dictara su comportamiento, sus amistades, sus gustos y hasta la mujer con la que debía vivir el resto de su vida.

—Nancy, mi amor ¿quieres casarte conmigo?

Ella pensó que había oído mal y no contestó.

—¿No quieres? Sé que no será fácil al principio pero te juro que eres la única mujer con la que me veo siendo feliz el resto de mi vida.

Estoy harto de las mujeres que solo ven una cuenta bancaria y un título cuando me miran, y ahora es peor porque sé que a muchas les da aversión estar con un hombre sin un pie, pero deciden aguantarse y coquetearme porque prefieren sacrificarse con un hombre como yo a cambio de una vida de lujos. Puede que muchos hombres piensen que eso es normal pero yo no quiero eso.

—No digas eso, muchas mujeres te ven como lo que eres ;un hombre bueno, educado, apuesto.

—Pero yo no quiero probar con ellas a sentir lo que ya siento contigo—se arrodilló— ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Ella contuvo la respiración. No podía creer que Rupert le pidiera matrimonio y a pesar de que su cabeza le estaba gritando todas las razones por las que debía decir que no, ella asintió—sí, sí quiero—se arrodillo con él y lo abrazó.

—Mi amor, no sabes lo feliz que me haces—unió su boca a la suya en un largo y apasionado beso que los tuvo a ambos deseando hacer el amor allí mismo pero sabían que la mitad de los sirvientes sino todos estaban pendientes de lo que ellos hablaban. Adoraban a Nancy, ella supo ganárselos desde que llegó a esa casa y querían asegurarse de que Rupert no le haría algo terrible, porque para ellos era un ogro.

—Salgamos...—le dijo tratando de calmar su respiración todavía. Ambos salieron abrazados y vieron que todos estaban en sus tareas pero habían escuchado voces y pasos corriendo cuando se dieron cuenta de que ellos salían del estudio , lo que les causó risa.

Rupert habló alto—vamos querida, es hora de que subas a tu habitación y te pongas hermosa para esta noche. Celebraremos nuestro próximo matrimonio.

Se escucharon jadeos y risitas y de repente Ida se puso a llorar, como siempre que se emocionaba por algo. —Ay señorita que alegría, no sabe lo feliz que estoy por usted—no le importó dar su opinión delante de su patrón.

—Gracias Ida—ella sonrió ante el ataque de llanto de la chica. Luego los demás como envalentonados por lo que había hecho Ida, también se acercaron a felicitarlos y a desearles lo mejor.

Esa noche todos en la casa estaban alegres y pusieron su mejor esfuerzo porque todo saliera perfecto en la celebración íntima de la pareja. Fue una noche perfecta llena de risas, anécdotas, vino y excelente comida.

A día siguiente al despertar con una taza de té que le llevó Ida, ella veía las cosas de manera distinta. No sabía si eran ideas suyas pero los colores de su habitación eran más vivos y la vista desde su ventana era aún más bella.

—¿Cómo se siente, señorita?

—Feliz—dijo riendo—pero estoy algo nerviosa.

—No tiene porque. Sí me permite decirle, su excelencia tiene un carácter fuerte, tal vez en parte porque le sucedió esa tragedia pero es un buen hombre y sé que la hará feliz.

—Gracias Ida, apreció mucho lo que dices.

—¿Desea levantarse ya?—le he traído agua caliente pero si quiere estar un rato más en la cama, puedo traer de nuevo, más tarde.

—Sí, es mejor que me levante de una vez, porque tengo una carta urgente que escribir y muchas cosas por hacer.

Ida fue a extender la ropa que su señora necesitaba. Sacó varios vestidos mientras ella hacía sus abluciones y se los mostró.

—No sé, tal vez el violeta de flores.

—Muy buena elección, señorita. Este le quedará precioso con su tono de piel. Luego la ayudó peinándola y terminándola de arreglar —. Creo que me llevaré dos vestidos que están un poco descosidos en el ruedo. También plancharé el vestido de tarde— ¿Va usted a algún sitio con su excelencia?

—No, hasta ahora no me ha dicho nada. Creí que iríamos a cabalgar pero tal vez se le ha olvidado.

—Oh no señorita, su excelencia salió muy temprano y dijo que no la despertaran para que descansara.

A Nancy se le hizo extraño que saliera sin decir nada. ¿Dijo a qué hora volvería?

—No, señorita.

—Está bien, entonces bajaré a desayunar y luego iré un rato a caminar. Seguramente él no tardará.

Rupert demoró en llegar mucho tiempo, y al final del día llegó con una visita inesperada.

Llegaron ambos en sus respectivos caballos y una mujer sonreía con Rupert todo el tiempo. Ella se bajó del caballo con su ayuda y ambos se quedaron un momento mirándose. Nancy sintió que el corazón se detenía dentro de su pecho. Esa mujer era hermosa, elegante y seguro muy educada, se notaba que pertenecía a la nobleza. No quiso mirar más y sin embargo no pudo dejar de hacerlo. Cuando ya entraron en la casa, Nancy se sentó en el salón, tomó su costura y actuó como si no hubiera visto que ya él había llegado. Unas voces se oyeron cuando entraron y lo escuchó preguntar por ella. Casi enseguida escuchó pasos hacia el salón.

—Nancy, querida—la saludó.

—Oh Rupert, que bueno que ya estás en casa, estaba empezando a preocuparme.

—Lo siento, me demoré porque fui a hablar con el sacerdote para lo de nuestra boda pero al final he decidido hacerla en Londres. Pienso que lo mejor es hacerla pronto. La gente no verá con buenos ojos que estés viviendo aquí, bajo el mismo techo del hombre con el que te vas a casar. He pensado que tal vez deberíamos vivir por estos días separados y le he enviado una nota a la marquesa para que te reciba en su casa ahora que volvamos a la ciudad.

Ella bajó la cabeza—me habría gustado que me dijeras primero.

—Oh querida, no te molestes, lo he hecho pensando solo en ti. No quiero que te sientas incomoda por habladurías.

—De todas formas las habrá.

—¡Aquí estás!—se apareció la mujer que ella había visto desde la ventana. Disculpa que haya venido hasta acá pero no te encontraba por ningún lado y ya que conozco la casa como la palma de mi mano, me imaginé dónde estarías—le dijo a Rupert hablándole con demasiada familiaridad.

—Nancy, quiero presentarte a Lady Lila Campbell, condesa viuda de Wellstone.

—Mucho gusto, lady Wellstone.

—Lo mismo digo, señorita Taylor. Rupert no ha hecho más que hablar de usted durante todo el camino y alabar sus cualidades. Me ha dejado impresionada, pues cuando estuvimos juntos, jamás habló así de mí.

Nancy se quedó estupefacta—¿Juntos?

—Oh si, ¿no le habló de mí?—tenía una pequeña risa burlona al decirlo.—Fui muy importante en su vida, aunque él no quiera

reconocerlo.

Rupert se vio incómodo ante esas palabras.

—No, de hecho jamás lo hizo—comentó ella molesta.

Lila se sintió triunfante al ver una pequeña brecha en aquella relación así que la señorita Taylor era celosa—sonrió internamente. *“Yo te enseñaré que jamás debiste atreverte a pensar que ese hombre podía ser tuyo. Rupert fue y será siempre mío y más ahora que su fortuna ha crecido considerablemente al convertirse en duque”* pensó satisfecha con sus planes.

—Oh querida no lo juzgue mal, no le habrá hablado de mi porque no quería provocar alguna discusión. Debe saber que las mujeres podemos ser un poco celosas.

—Nancy, jamás ha sido celosa. Es una mujer como pocas—dijo él y le hizo un ademán a Lila, para que se sentara. Luego él fue hasta donde estaba su prometida y se sentó a su lado—tomó su mano y la besó—quise venir antes pero como puedes ver, no pude. Me encontré con la condesa cuando cabalgaba hacia la parroquia y al parecer tuvo un percance con su montura, por eso fuimos hasta el pueblo en busca de alguien que pudiera ayudarla con su caballo y las herraduras mal limadas de este.

—Pero ese hombre se demoró terriblemente con solo cuatro herraduras. Y después de eso, Rupert me invitó a venir a su casa y no pude decirle que no.

—*“Sí, claro”* se dijo Nancy *“puedo imaginar las ganas que tenía de venir a la casa”*

Un lacayo llegó poco después con una bandeja de té y Nancy comenzó a servirlo pidiendo a Dios que le diera calma para que en sus rostro no se notara que desde el primer momento en que vio a

esa mujer, comenzó a detestarla.

—He invitado a lady Wellstone a que se quede unos días con nosotros.

Nancy lo miró como si se hubiera vuelto loco y él se dio cuenta de que la idea no le agradó mucho.

—Me siento tan avergonzada al imponerme de esta forma, pero es que ha sido un día terrible. Tuve que hospedarme en una posada porque obviamente aquí no hay hoteles de lujo para alguien como yo debido a que malentendí la invitación de unos amigos y me confundí de fecha—Ahora ellos están en Brighton y vendrán en dos semanas. Lamento mucho tener que molestarlos aquí en su casa. Cuando le comenté a Rupert lo que sucedía él sin dudarlo me invitó unos días a su casa—En todo momento dejó en claro que el de la idea de que estuviera en su casa era Rupert.

—No se preocupe, lady Wellstone, si mi prometido la ha invitado, yo estoy feliz de tenerla aquí—dijo Nancy haciendo alusión a su posición en esa casa y dejando bien claro que tipo de relación era la que tenía con Rupert, por primera vez. Pero sabía muy bien a que llegaba esa mujer con sus aires de que conocía la casa al derecho y al revés, y de que conocía muy bien a Rupert. Ella había visto mujeres como esa antes, solo que en la calle a esas mujeres las agarraban por el cabello y las arrastraban por el piso para que aprendieran a no desear lo que no era suyo. Por primera vez sintió pesar por no vivir todavía en la calle.

—Oh, muchas gracias. Me he tomado la libertad de avisarles a mi doncella y a mi cochero para que traigan mis cosas.

—Le diré a la señora Duffey que la lleve a una de las habitaciones para invitados.

—Sí no es mucho inconveniente, me gustaría quedarme en la habitación de siempre.

Rupert casi se ahoga con el té que estaba tomando. —Lady Wellstone, esa habitación es la que ahora tiene mi prometida.

—Oh ya veo...—dijo mirando con suspicacia a Nancy—me disculpo, que tonta he sido, obviamente debe ser así.

¿Pero qué diablos estaba pensando esta desvergonzada? Se dijo Nancy furiosa—quiere estar en la habitación que se comunica con la de Rupert? Se sintió ofendida, esa era una clara muestra de su poco respeto por el compromiso de ella con el duque y eso la molesto terriblemente. Afortunadamente la señora Duffey llegó en ese momento para llevarla a su habitación—señora Duffey—la llamó Nancy—por favor lleve a lady Wellstone al área de invitados, seguro allí se sentirá más cómoda. Sabía que eso haría aullar a la tal lady Wellstone pues el ala de invitados estaba totalmente sola pero ella no iba a permitir que esa mujercuela durmiera en el mismo piso que ellos, que era el piso para las habitaciones de la familia. De paso, así entendería que ella no tenía lugar en la familia de Rupert, ese era su lugar ahora.

Nancy estaba desayunando cuando vio que llegaba Lila. Ella acostumbraba a desayunar temprano con su prometido y trató de esperar a la condesa para desayunar juntas pues sabía que la señora Duffey la tuvo que poner al tanto de la hora en la desayunaban, pero en vista de que pasó media hora y no llegó, ella se dispuso a hacerlo sola.

—Buenos días, señorita Taylor.

—Buenos días lady Wellstone.

—Qué vergüenza no haberme levantado más temprano, pero entre una cosa y otra me fui a la cama tan tarde, que sabía que no lograría levantarme a la hora que acostumbran hacerlo en el campo. ¿Usted debe estar acostumbrada verdad?

—Sí, un poco. Al principio no mucho, pero Rupert se levanta muy temprano y me fui acostumbrando porque deseaba acompañarlo en el comedor.

—Oh sí, me imagino. Aunque yo lo decía por el hecho de que la clase trabajadora suele levantarse más temprano que nosotros — tenía una mirada de puro placer en su rostro.

Y Nancy supo que había dejado entrar al enemigo a su casa. Esa mujer trataba de humillarla y hacerla sentir mal sobre cualquier cosa cuidando siempre de hacerlo con una enorme sonrisa. Pero si ella podía jugar de esa forma, Nancy también podría. Ni creyera que la iba a hacer sentir mal en su propia casa.—Por supuesto, la clase obrera, la que trabaja de verdad y no suele vivir como parásitos, acostumbra levantarse temprano para así poder aprovechar el día. Por eso me encanta que mi prometido lo haga. Muestra el tipo de hombre que es; trabajador y desprovisto de toda ridícula creencia sobre que los hombres de la nobleza, jamás deben trabajar o levantarse temprano porque eso hablaría mal de ellos. Es algo raro ese tipo de comportamiento en los nobles—le respondió con una sonrisa tan grande que pensó que su cara se partiría en dos.

El rostro de Lila se agrió un poco, aunque ella trató de disimularlo. —¿Y donde está su “prometido”, señorita Taylor?

—Oh, él está tratando algunos asuntos de suma importancia con los arrendatarios.

— ¿Pero no es para eso que existen los administradores?

— A Rupert le gusta encargarse de esas cosas, él mismo.

— No lo sé...no parece el Rupert que recuerdo. Esto sería algo totalmente vulgar para él.

— Bueno, es que todos cambiamos, eso hace parte de madurar. — se levantó de la mesa — provecho.

— ¿Pero a donde va querida?

— Yo también tengo cosas que hacer en la casa, pero no se preocupe tiene toda la casa y los alrededores para que se divierta. Puede caminar un rato cerca al lago, es una vista preciosa.

— No me parece muy educado dejar a su invitada sola — su tono sonaba mordaz.

— Me disculpo, pero si quiere que mañana desayune con usted y que hagamos algo juntas, puede intentar levantarse más temprano — permiso — se fue dejando a la mujer allí en la mesa disgustada porque nade le prestaba la atención que ella requería. *Pero ya le enseñaría ella modales a esa callejera, y de paso le haría saber a todos en esa casa, quien era realmente la dueña de ese lugar y de todo lo que había en él.*

Capítulo 9

Los días fueron pasando y Lila comenzó a hacerse sentir en la casa de muchas formas. Nancy notó con disgusto que todo el tiempo vivía en función de lo que hacía Rupert, le decía que iba a leerle porque Nancy no lo hacía del todo bien, le propuso ir a cabalgar con él en las mañanas, y ahora hasta se estaba metiendo en la comida que debía servirse, porque según ellas los platillos era muy ordinarios y un duque debía comer solo cosas exquisitas y platillos exclusivos. Poco a poco Nancy estaba perdiendo la paciencia y ya le había hablado a Rupert del asunto pero él le decía que solo serían unos pocos días más. Que a él tampoco le agradaba la idea de tenerla allí pero que en nombre de la relación que solía tener su familia con la de él, no quería hacerle un desaire. Al parecer ellos se conocían desde muy jóvenes y los padres de ella apreciaban mucho a los padres de él.

—Mi amor, entiende que ella se mete en todo y me ridiculiza con los empleados de la casa. Además más de una vez me ha lanzado indirectas por mi origen y porque solía ser tu enfermera.

—No le hagas caso, como hago yo—Lila...Lady Wellstone, puede llegar a ser caprichosa e inmadura.

—Sí claro, se nota que no le haces caso. Esta mañana saliste a cabalgar con la sin siquiera comentármelo. No estoy pintada en la pared, Rupert.

—Sé que no lo estás, Nancy pero no puedo simplemente ser

grosero con nuestra invitada porque tú tienes celos de ella,

—Yo no estoy celosa, simplemente te digo lo que está pasando porque quiero evitar problemas. Se supone que yo soy tu prometida pero esa mujer con la excusa de que son amigos desde hace mucho por no decir que mucho más, quiere mandar en la casa y hacer su santa voluntad. Yo no sabré mucho del comportamiento de los nobles en su casa, pero sé que una invitada también debe mantener sus límites y respetar.

—No voy a admitir esas tonterías aquí. Sí quieres seguir con esas ideas locas en tu cabeza, es tu asunto pero no voy a echarla de aquí, y es mi última palabra—salió del estudio sin siquiera darle un beso como siempre lo hacía o al menos calmar sus temores. Eso le dolió, el que esa mujer tuviera más peso en la casa, le decía mucho a Nancy sobre lo que sentía Rupert todavía por ella.

Esa noche ambos estaban algo distantes y ella después de cenar se fue a su habitación pero sorprendentemente él se levantó y le pidió excusas a Lila, tomando del brazo a Nancy.

—Querida, me gustaría hablar contigo sobre algo importante ¿Me acompañas al estudio?

—Estoy algo cansada, Rupert. Creo que por el bien de todos, es mejor que cada quien se vaya a su habitación. No tengo ganas de seguir discutiendo por esa mujer—se alejó de allí con un gesto de resignación en su rostro.

Rupert sabía que la presencia de Lila en su casa había traído tensión entre Nancy y él, y no quería que fuera así por lo que tendría que hablar con Lila y pedirle que tratara de no estar lanzando al aire, sus comentarios mordaces pero sabía que tenía que reconciliarse con Nancy, no quería seguir discutiendo con ella por cualquier cosa que

hacía su invitada, así que esperaba que fuera más tarde para buscarla nuevamente.

Más tarde cuando Nancy estaba a punto de irse a dormir y su doncella ya se había marchado, Rupert tocó la puerta.

—Adelante—escuchó que decían.

Al entrar vio a Nancy con su camisón, sentada en la cama.

—¿Podemos hablar?

—¿Podría ser mañana? Ya te dije que no quiero...

—No quieres discutir, ya lo sé. No vengo a eso, amor.

Ella pareció relajarse ¿Y entonces de que quieres hablar?

Él le mostró una caja de terciopelo—quería darte esto desde hace días. Se acercó a ella y le mostró lo que había en su interior.

—¡Oh, Rupert! Es precioso. Un hermoso collar de perlas con aretes a juego brillaba desde un pequeño cojín al interior de la caja.

—¿Me permites?—pidió su permiso para colocarle el collar. Ella accedió, pero vio que en lugar de colocarle primero las perlas, besaba su cuello y desabotonaba suavemente la parte delantera de su camisón.

—¿Qué haces?

—Solo quiero ver como se ve el collar directamente sobre tu piel. Bajó el camisón un poco más y se inclinó para besar su clavícula y sus pechos que iba dejando al descubierto mientras bajaba totalmente la prenda hasta la cintura.

Nancy no decía nada, solo sentía las atenciones de él, que ahora estaban en sus pechos. Los lamió y le dio un pequeño mordisco a cada pezón haciéndolos endurecer, para luego volver a su cuello y apartar el cabello de sus hombros. Colocó el collar alrededor de este

y ella pudo sentir las perlas frías y pesadas contra su clavícula y sus senos. Él tocó el collar con las yemas de sus dedos y fue más abajo trazando el camino hasta sus pechos.

—Mira lo hermosas que se ven esas perlas aquí—los miraba hipnotizado.

Ella miró hacia abajo. El tamaño de sus manos contrastaba con el tamaño de las perlas y tocaba suavemente su carne pálida bajando cada vez un poco más. Sintió su vientre apretarse ante lo erótico de la escena y una humedad se filtró entre sus piernas.

—¿Te gusta?

Ella asintió—mucho.

Rupert tomó su rostro y la besó profundamente. Luego de un rato, la abrazó y comenzó a besar su cuello. Una de sus manos comenzó a desabotonar su camisa levantó las perlas del largo collar y las deslizó suavemente por la piel de sus pechos, mientras él la observaba para ver su reacción. Sus pezones se convirtieron en apretados puntos rosados, mostrándole que ella estaba empezando a excitarse. Ella abrió la boca para decir algo pero él le acarició los pechos haciéndola olvidar lo que quería decir. Los cepilló con sus manos, con las puntas de sus dedos y ella empezó a gemir pidiendo más, mientras él los pellizcaba con un poco más de presión. La empujó suavemente para recostarla en la cama y fue desabrochando un poco más el camisa hasta salir de él y tirarlo a un lado. Sus manos volvieron a sus pechos y de allí se fueron deslizando por su vientre, hasta llegar a el vello rubio pálido entre la unión de sus muslos donde trazó sus labios externos, sin prisas con el toque más simple de su dedo anular, y ella se retorció.

—Eres tan sensual, mi amor. Creo que ni siquiera te das cuenta de

que es algo innato en ti—su voz era suave como el pecado—. Él hundió dos dedos en ella, dándole lo que necesitaba. Conduciéndola a una tensión insoportable. Nancy sabía que en cualquier momento ella tendría su orgasmo y de repente Rupert la vio contener el aliento, y cerrar los ojos, mientras su éxtasis llegaba. Su mano grande y cálida todavía estaba sobre su sexo dolorido y ella inconscientemente se apretó contra ella, se frotó. Pero no era suficiente, lo necesitaba dentro de ella, llenándola. Se le escapó un gemido.

—Dime lo que deseas, amor—su voz era profunda y ronca.

Ella solo quería sentirlo dentro de ella—Necesito que me hagas el amor.

Rupert se quitó la camisa, los pantalones y todo lo que le estorbaba en cuestión de segundos. La maldita prótesis del pie era difícil de quitar y él simplemente salió de ella en un momento y la tiró lejos. Se colocó sobre su cuerpo y ella se abrió para él. Nancy suspiró, cuando sintió el calor de su miembro deslizándose a lo largo de su hendidura resbaladiza. Ella gemía y se arqueaba contra él. Su dureza la llenó, la estiró al tiempo que presionaba su cara en la curva de su cuello. Ella gritaba y lo veía empujar profundamente. Sus manos apretando sus pechos y moviéndose dentro y fuera de ella, en una larga serie de golpes fuertes y duros. Los dedos de él rozaron su clítoris, enviando chispas de ardiente placer corriendo a través de ella y que iban acumulándose para un gran orgasmo, hasta que por fin todo estalló y ella gritó de placer. Él entonces sintió que su vagina lo apretaba con fuerza mientras espasmos fuertes la recorrían y el impulso de venirle inmediatamente le hizo apretar los dientes. Sus manos agarraron fuerte sus caderas y gimió moviéndose, empalándola duro y profundo al tiempo que tenía violentos

temblores y gritaba su clímax.

Después de un buen rato él se levantó y la recostó contra él, la encerró en sus fuertes brazos, con sus labios presionando su sien mientras dejaba que el sueño los tomara a ambos.

Varios días más tarde Rupert salió temprano a cabalgar y cuando ya estaba sobre su montura, se encontró con Lila que venía con su atuendo de montar.

—Buenos días—lo saludó con semblante radiante.

—Buenos días, lady Wellstone

—Oh Rupert, ya basta. Solo dime Lila, como siempre lo hiciste.

—Creo que debemos guardar los límites, condesa.

—No veo la razón, siempre fuimos muy cercanos—se echó a reír.

—Eso fue hace mucho, lady Wellstone.

Pero hay cosas que nunca se olvidan—le dio una mirada apreciativa que Rupert no se perdió.

—Voy con algo de prisa.

—Oh, por favor—le dijo en tono suplicante—te prometo que no te molestaré, además mírame—se dio la vuelta—estoy más que lista.

Rupert lo pensó un momento y luego asintió—bien, pero tendrás que cabalgar a mi paso y solo voy a ver una casa que están arreglando para un arrendatario, no voy a demorarme.

—Perfecto—dijo ella feliz—se dio prisa para subir a su montura y se fue con él.

Minutos después salió Nancy a toda prisa con su atuendo de montar y espero ver a su esposo pero ya se había ido.

Lila cabalgaba a la par de Rupert y aunque a él le disgustaba reconocerlo, no pudo decir que no se hubiera divertido. Ella era una

amazona innata, siempre le había gustado cabalgar y solían hacerlo mucho cuando eran pareja.

—¿Y cómo van los preparativos de la boda?— lanzó la pregunta al aire, tratando de ver que podía averiguar.

—Aparentemente van bien, aunque en realidad todo se va a preparar en Londres, donde será la ceremonia.

Ella guardó silencio un rato—y... ¿estás entusiasmado?

—Obviamente. Sí no, no le habría propuesto matrimonio.

—No lo sé...no te veo tan entusiasmado como debería estarlo un novio.

—Lo estoy, pero nunca he sido de los que demuestran demasiado sus emociones.

—Lo sé, te conozco. —Su tono era burlón—sin embargo jamás me imagine que llegaras a cambiar tanto como para casarte con alguien que no es de tu clase.

—Esas cosas ya no me importan, Lila. Recuerdo que a la única que siempre le importaron fue a ti.

El semblante de ella cambió y se volvió pensativo—todos hemos cometido errores, Rupert. Yo me arrepiento de lo mal que te traté. Era una inmadura y me dejé llevar por los consejos de mis amigas. Mis padres siempre quisieron que nos casáramos pero yo...lo siento.

—Ya no tiene importancia—trató de sonreír—tu tuviste la vida que querías y ahora es mi turno de tenerla con la mujer que amo.

A ella le molestó que dijera que amaba a esa insípida mujer.

—Tengo mis reservas en cuanto al amor que ella pueda sentir por ti.

Él la miró inmediatamente ¿Por qué dices eso? ¿Acaso crees que nadie puede quererme?—su molestia fue palpable y hasta su caballo

lo percibió. Por eso le acaricio el poderoso cuello al animal que empezó a calmarse.

—Oh no, por favor, no pienses eso. —ella se movió hacia atrás en el asiento un poco incómoda.

—Entonces ¿Qué es lo que tratas de decir?

Allí fue donde supo que podía poner en marcha su plan— Bueno...es que he escuchado algunas cosas en la casa. Y la veo tan segura de que todo es suyo.

—Como debe ser, porque será suyo al casarse conmigo.

—No te diré quién me lo dijo, pero escuché a una de las criadas hablando con otra, diciendo que Nancy decía que te tenía comiendo de su mano. Que incluso tiene un amigo que es de donde ella vivía antes, con el cual habla mucho, y le envía cartas y mensajes todo el tiempo.

—Eso es una vil mentira. Ella me lo cuenta todo y si tuviera algún amigo, yo ya lo sabría. La única amistad que ella tiene es con los marqueses de Wilmington.

—Estoy segura de que no te has puesto a pensar que tal vez su venida aquí fue algo casual pero luego...

—¿Luego qué? Bueno...que después de estar en tu casa y ver los lujos que podría tener, decidió coquetear contigo.

—¡Maldita sea! ¿Qué le pasa a todo el mundo? ¿Es que soy tan grotesco que no puedo provocar sentimientos en una mujer?

—No es eso, pero es que esas muchachas decían que la habían escuchado decirle a su doncella que ella jamás podría ver a un hombre incompleto como alguien de quien podría enamorarse, y yo sentí tanta rabia cuando escuché eso...que quise encararla, pero preferí hablarlo contigo.

—Lila, te conozco y sé lo que tratas de hacer. Sí sigues con esto tendré que pedirte que te vayas de mi casa. Ya es hora de que respetes que tengo una relación con otra persona y que nos vamos a casar.

—Oh Dios, Rupert yo jamás...

—Solo dejemos las cosas así—azuzó al caballo y empezó a cabalgar rápidamente mientras ella intentaba seguirle el paso y se moría de la rabia por no haber podido lograr lo que quería. Pero se tranquilizó diciéndose que poco a poco minaría la confianza que esos dos se tenían.

Varios días después, Nancy recibió una nota de la marquesa donde le avisaba que una chica había ido a la escuela a buscarla. Le dijo que su nombre era Emma y que se veía bastante mal, pero cuando la marquesa le dijo que se quedara allí, que le darían cuidados y un doctor la vería, la chica muy asustada había dicho que no y casi había salido huyendo. A Nancy le preocupó saber eso y le preguntó a Rupert si podían irse antes a la ciudad, aunque no le dijo la razón. No quería molestarlo con sus cosas. Rupert accedió y dos días después partían a Londres. Lila que se suponía no tenía a nadie que la acogiera en su casa mientras llegaban sus amigos, de repente encontró a una amiga que le abrió las puertas de su casa y se quedó con ella. Nancy supo enseguida que todo este tiempo ella había estado mintiendo porque obviamente quería quedarse en la casa de Rupert para intentar recuperarlo. Ella al final se sintió más aliviada al poder poner distancia entre esa mujer y ellos dos.

Capítulo 10

El viaje había sido un poco largo, pero afortunadamente después de pasar Park Lane, ella supo que estaba casi en casa. Apenas llegó, todos los sirvientes se acercaron a saludarla, emocionados de poder verla de nuevo. Subió las escaleras cansada decidida a tomar un baño y una siesta pero tenía muy pendiente ir a la escuela para hablar con la marquesa e intentar buscar en los alrededores a Emma. Tenía que ayudarla, ella había sido su única amiga cuando estuvo en aquel barrio de mala muerte después de que su amigo con el que robaba, hubiera sido descubierto y lo mandaran a la horca. Todavía recordaba como vendían flores en Covent Garden y con lo poco que ganaban compraban una pieza de pan y a veces algo de sopa, otras veces no comían nada y entonces tenían que robar para no morir de hambre. Cuando se la llevaron a ella a la escuela de la marquesa, ella la buscó por mucho tiempo pero su amiga no apareció, hasta ahora. Debía ayudarla, era su hermana y no la dejaría sola.

Ya de tarde se vistió y se encaminó hacia la escuela donde la marquesa la esperaba. Habló largo y tendido con ella sobre Emma y al final Sonia también estuvo de acuerdo en que debían buscarla en lugar de sentarse a esperar a que la chica volviera, porque podría ser muy tarde. Contrataron a un detective que estuvo al pendiente todo el tiempo y luego ella misma usó su tiempo, para buscarla también. Pero lastimosamente pasaban los días y nadie sabía nada de ella, y cuando habían perdido la esperanza, el detective las buscó para

decirles que habían dado con ella, que al parecer trabajaba en un prostíbulo y tenía pulmonía, que también estaba terriblemente golpeada. Ella enseguida fue a verla y casi se pone a llorar al ver el estado de su amiga. La encontró en una habitación de mala muerte, en una cama sucia en la mitad de un cuarto sin ventilación que daba asco. Le habló pero su amiga estaba tan febril que ni siquiera sabía quién era. Llamaron a un doctor que dijo que era mejor no moverla de aquel sitio mientras estuviera tan mal y empezó un tratamiento para curarla de esa terrible pulmonía. Pero no podía dejarle el pago de los servicios médicos a la marquesa aunque ella se ofreció a pagarlos, pero Nancy sentía que era su responsabilidad por lo que se dijo que tendría que buscar el momento más adecuado para hablar con Rupert.

Al llegar a casa vio un carruaje afuera y se preguntó quién sería. Pero cuando entró y averiguó con el mayordomo, tuvo la peor noticia que le podían hacer dado. Lady Wellstone estaba en la ciudad.

—¿Y estás dispuesto a aguantar que te deje mal delante de todo el mundo? Porque obviamente no tiene ni la educación, ni el roce social de una dama de sociedad.

La conversación se escuchaba claramente fuera del estudio de Rupert, porque Lila no conversaba, sino que alzaba la voz indignada porque él quisiera casarse con Nancy.

—Soy consciente de eso, Lila y eso no va impedir que me case con ella.

—Muy bien, entonces digamos que no hay problema con eso, pero ¿vas a soportar que sus amigos, la gente de esa escuela y los que ella haya podido conocer antes de estar allí, vengan a visitarla? —hizo

cara de horror—no puedo imaginarte alternando con ese tipo de gente; desde ladrones y prostitutas hasta Dios sabrá si asesinos también. Por favor Rupert entra en razón, Nancy no es la mujer para ti.

Nancy escuchó con rabia la conversación que mantenían su prometido y esa mujer, y la sangre le hirvió de furia ante su atrevimiento pero lo que más le molesto, fue cuando dijo lo de prostitutas porque en parte era verdad. Su amiga se había dedicado a aquello y aunque no la juzgaba porque sabía que la necesidad te orilla a hacer cosas que jamás habrías pensado, si tenía que pensar que cuando ella quisiera visitarla, seguramente a Rupert no le gustaría. Eso la entristeció pero tuvo que aceptarlo y fue por eso que decidió no hablarle sobre Emma. Sin embargo no contaba con la maldad de Lila y su ambición desmedida por ser la nueva duquesa de Sutland.

Un día que ya no pudo más con los gastos del médico de Emma y estuvo a punto de empeñar sus joyas, Nancy decidió primero hablar con Rupert para decirle que le ayudara con un dinero para pagar su doctor *Dios, espero que no pregunte nada más*, pensó con ansiedad. Sin embargo Cuando ella acudió a su futuro esposo, lo encontró de mal humor y a la defensiva con ella. Rupert estaba muy extraño y no sabía la razón.

—¿Que sucede, mi amor? Porque estás tan de mal humor.

—No es nada—le dijo cortante. ¿Deseabas algo?

—Yo solo quería pedirte un favor—empezaba a sentirse nerviosa.

—¿Y qué será?

—Bueno, yo...tengo una amiga que está muy enferma y le he enviado un doctor que está la mayor parte del tiempo con ella pero

su tratamiento es costoso, y entre los honorarios del médico y las medicinas...

—Y no digas más mentiras, Nancy.

—¿Mentiras?—ella lo miró confundida—no son mentiras, la marquesa sabe que...

—¿Crees que no sé qué todo este tiempo que has estado saliendo, te has estado viendo con un hombre? Ya lo sé—le gritó—tienes un amante y tenías todo muy bien pensado.

—¿Yo? ¿Un amante? Pero ¿de dónde sacas una idea como esa?

—Ya sé que te irás con él, que después de casarte conmigo y sacarme todo lo que puedas, te irás con él y desaparecerán. —le dijo con un tono totalmente frío. Dios, que estúpido soy, no eres más que una mentirosa y una zorra.

Nancy lo miraba atónita, como podía hablarle así cuando la última vez que sucedió, le prometió que no volvería a pasar. ¿Porque me hablas así? ¿Quién te dijo esas locuras?

—Ya ves, tengo mis formas y me entero de todo.

—Pero te enteras muy mal, porque yo jamás te faltaría de esa manera, puedo venir de la calle pero soy una mujer honesta y no necesito mentir—ni siquiera quiso esperar a que él le contestara y se fue de allí. No necesitaba escuchar nuevamente todas sus groserías y que la echara de su casa, ya estaba harta de humillaciones y si él lo que estaba buscando era una excusa para terminar con el compromiso, pues ella le dejaría su camino libre.

La marquesa bajó apresurada las escaleras apenas le dijeron que Nancy estaba en su casa y que la buscaba con urgencia. Cuando la vio con ojos hinchados y rojos, supo que algo había pasado entre Rupert y ella. La abrazó y la llevó al salón de dibujo donde amabas podrían

hablar tranquilamente.

—No puedo creer que me haga esto de nuevo—dijo Nancy entre sollozos.

—¿De nuevo?—le preguntó modesta ¿es que lord Sutland te ha tratado mal otras veces?

—Es muy celoso. Él me dijo que se había convertido en un hombre paranoico e inseguro por su herida de guerra, que pensaba que cualquier mujer solo se interesaría en él por interés y se avergonzaba de eso. Me pidió disculpas de mil formas distintas y yo lo perdono porque lo quiero, pero no le voy a permitir que barra el piso conmigo cada vez que se le da por desconfiar de mí.

—Tienes toda la razón, querida. Una mujer jamás debería pasar por ese tipo de cosas. Pero... ¿Qué piensas hacer ahora?

—Sonia, sabes que para mí nunca ha sido problema tener orígenes humildes. Puedo volver a la escuela y buscar trabajo en otra casa.

—En eso te equivocas, tus orígenes no son humildes, Nancy.

Ella no sabía lo que eso quería decir—¿Como que no son humildes?

Con una sonrisa le tomó de las manos—En medio de tan malas noticias, yo te tengo una muy buena. Tu verdadero padre te ha estado buscando desde que te vio en una exhibición botánica con Rupert y luego cuando te vio en una cena que él hizo y a la que asistieron ambos.

—¿Una cena? Yo no he ido a ninguna cena—frunció el ceño tratando de recordar—la única cena que se me pasa por la mente, es la del conde Harlton que fue precisamente el motivo por el que Rupert y yo tuvimos la primera discusión por celos.

—Pues que tonto fue, porque te estaba celando con tu padre.

—¿Lord Harlton?—ella no entendió nada.

—Sí, Emerson Hawlett, conde de Harlton, es tu padre.

—Pero ¿cómo?—era algo increíble. Ella había visto a ese hombre varias veces y ahora resultaba que era su pare.

—¿No notaste nada extraño cuando se vieron en su casa?

—Pues al decir verdad, siempre me miraba mucho, pero lejos de sentirme mal o incomoda, notaba cierta calidez, aunque no me explicaba la razón. Sus ojos ahora que lo pienso, siempre eran amables cuando me miraban y podría decir que hasta un poco tristes.

—Pues ahí lo tienes. Te miraba así porque sabía que eras su hija.

—¿Pero por qué jamás se acercó?—su rostro se tornó triste—tal vez se avergonzaba de mí.

—No lo creo, querida. Él me dijo que quería verte lo antes posible para hablar contigo. Se presentó en la escuela porque supo que era allí donde estabas cuando el duque te vio por primera vez y te contrató. Supuso que podría saber más de ti, a través de mí. Si supieras todo lo que me dijo entenderías porque jamás se conocieron.

—¿Y dices que quiere verme lo antes posible?

—Así es. Yo me tomé atrevimiento de decirle que en dos días para darte tiempo de asimilarlo todo. ¿Qué te parece la idea?

—Yo...no lo sé...tengo un poco de miedo. Han pasado muchos años y no sé cómo hablar con él o que espera de mí.

—Y es normal, cariño, pero lo mejor es hacerle frente a todo esto y hablar con él.

Nancy estaba muy nerviosa ese día, no esperaba nada. Era

consciente de que si su padre no la había visto durante tanto tiempo, no iba a simplemente a aceptarla ahora con las brazos abiertos. Sin embargo quería hablar con él, saber porque dejó a su madre embarazada y porque nunca quiso saber de ella hasta ahora.

Se arregló lo mejor que pudo, Ida la ayudó en todo, mientras trataba de calmarla. Esa chica era una bendición, sobre todo en esos momentos, en los que sentía que había perdido todo. Cuando Ida vio que ella empacaba para irse de allí, fue a hacer sus maletas también y le dijo que ella no iba a soportar el mal genio de su patrón, porque sabía que en cuanto Nancy saliera de aquella casa, eso sería lo que pasaría. Y prefirió perder su trabajo con el duque, que verla partir sin ella.

— ¿Le gusta así, señorita?

— Está perfecto, Ida. Tal vez un poco de rubor hoy, no se vería mal. Creo que estoy demasiado pálida.

— Cómo no va a estarlo sino no ha comido nada. La marquesa también está muy preocupada. No puede seguir así de triste.

Nancy cambió el tema— ¿No ha llegado carta del duque?

La muchacha la miró con pena— no señorita.

Nancy suspiró con tristeza— bien— no dijo nada más al respecto. —creo que así estoy bien, Ida. Mejor bajemos, en cualquier momento llegará el conde.

Un rato después cuando ambas estaban sentadas en el salón, el mayordomo llegó para avisar que Lord Harlton estaba allí. Nancy no sabía qué hacer y empezó a retorcer sus manos con nerviosismo. Una figura imponente cruzó el umbral de la puerta, mirándola fijamente.

—Lady Wilmington— saludó a la marquesa primero. Luego la miró a ella— Nancy— dijo en un susurro. Sus ojos la miraban

sospechosamente brillantes y con emoción—hija.

Solo esa palabra hizo que ella se desmoronara y empezara a llorar. Su padre la abrazó tiernamente. Nancy lloraba de emoción, pero también en sus lágrimas había dolor. Se sentía perdida ahora que Rupert no estaba con ella, no sabía a donde ir , ni que hacer, sentía que no tenía valor para nadie y de repente ver que su padre aparecía y la miraba de aquella forma, simplemente terminó por resquebrajar la poca entereza que le quedaba.

—Ahora estoy aquí, mi niña.

Ella, a pesar de nunca haberlo visto, se abrazó a él con desesperación. Necesitaba sentirse amada. Pasaron unos minutos antes de que ese abrazo terminara y entonces ya más calmada, ella se separó de su padre y vio que él también había llorado. Supo que a su padre también le había afectado que no estuvieran todo ese tiempo juntos podía ver en su rostro que él no habría sido capaz de dejarla. Miró a un lado para encontrar a Sonia, con un pañuelo limpiando disimuladamente sus lágrimas.

—Por favor, siéntense. Enviaré a alguien con té para ustedes, y los dejaré solos. Sé que tienen mucho de qué hablar.

El conde la miró agradecido—gracias, lady Wilmington—le sonrió—gracias por todo.

Sonia solo asintió y volvió a pasar el pañuelo por sus ojos. Luego de eso, se fue.

Ambos, padre e hija se miraron como intentando decidir qué dirían ahora. Él empezó a hablar primero.

—Hija...la miró inseguro ¿Te molesta que te llame hija?

—No—le dijo sacudiendo su cabeza—he esperado mucho para que me llames así.

—Primero quiero decirte que yo jamás supe de tu existencia, hasta hace unos cuantos años. Sí lo hubiera sabido antes, tal vez nos habríamos conocido hace mucho.

—Pero...no entiendo. Mi madre le escribió diciéndole que yo era su hija, que ella estaba enferma y necesitaba que usted me cuidara.

—Yo jamás recibí esa carta. Tu abuelo no dejó que la leyera, la ocultó de mí.

—Y entonces ¿Cómo supo de mí?

—Creo que será mejor empezar por el principio ¿te parece?

Ella asintió.

—Tu madre y yo, nos enamoramos cuando fui a pasar vacaciones a Escocia a casa de tus abuelos. Desde que la vi no pude quitármela de la cabeza, era una mujer muy hermosa, como tú. Por eso fue que cuando te vi en aquella exposición con el duque y supe que eras su enfermera, no dude en invitarlo apenas supe que estaba en su casa de campo. Creo que fue el destino el que hizo que hace unos años hubiera comprado la propiedad contigua a la del duque.

—¿Crees que me parezco a ella?—preguntó incrédula.

—Dios, eres exacta. Sus mismos ojos, su misma boca y ese cabello dorado hermoso que me fascinaba. Incluso he notado que tienes gestos de ella. No sabes lo que tuve que contenerme en aquella reunión en mi casa. Esperé verlos nuevamente cuando aceptaron mi invitación y me desesperé al saber que te habías marchado.

—¿Porque no me lo dijo ese día que nos vimos en la cena?

—No era el momento y además necesitaba más información para estar plenamente seguro, no quería ilusionarme en vano.

Bueno, ¿y qué sucedió después de que se enamoraron?—quería saber todo sobre sus padres.

—Yo sabía que había encontrado la mujer para mí, pero sabía que jamás la aceptarían en mi familia, sobre todo mi padre que ya tenía mi destino planeado, así que huimos y me case con ella pero cuando mis padres se enteraron, me desheredaron y sin un centavo y sin haber trabajado nunca, fue difícil. Buscamos ayuda pero nadie nos la dio y tu abuelo, el padre de tu madre, murió poco después, estaba muy enfermo y trabajaba haciendo alfarería, que vendía en el mercado. Tu madre cocinaba y vendía dulces y panes en el mercado con tu abuelo. Era un puesto bonito y limpio, les iba muy bien dentro de todo, hasta que él enfermó. Perdieron clientes al no poder ir al mercado tantas veces como antes y tu madre debía cuidarlo así que tampoco podía hacer las cosas que vendían. Nos quedamos en esa casa hasta que no hubo dinero para pagarla y cuando pedí ayuda a mis padres, hicieron que nos echaran sin contemplaciones de la propiedad. Ella se empleó en una casa de familia como criada y a mí me mataba verla trabajar sin que yo pudiera hacer nada. Un día encontré trabajo como mozo de cuadras, siempre me gustaron los caballos y sabía tratarlos pero tuve un accidente que casi me cuesta la vida. Fueron tiempos duros y no había dinero para el doctor, así que tu madre desesperada fue en busca de mi padre para pedirles ayuda explicándoles lo que pasaba. Mi padre, calculador como era, vio allí su oportunidad y le dijo que la única forma de que la ayudara sería si ella se olvidaba de mí y se iba lejos. Le dijo que ella estaba acostumbrada a trabajar pero que yo no sabía hacer nada más que mandar y prepararme para ser el futuro conde de Harlton, y por eso sufriría toda la vida, sin hablar de que en poco tiempo la odiaría por haber truncado mi futuro. Tu madre siempre fue una mujer muy generosa, siempre pendiente de los demás y poniendo a la gente por

encima de sus propios intereses, así que acordó con tu abuelo que nunca más la volvería a ver, tomó lo poco que tenía y se fue. Me dejó una carta donde me decía que no podía seguir viendo mi expresión de tristeza cada día, que sabía que yo no había nacido para vivir de esa manera y que por mucho que me amara y que esa decisión estuviera acabando con ella, prefería vivir sin mí, que estar toda una vida viéndome infeliz.

—Oh Dios, mamá...—ella sollozó ante esa revelación.

—Por último me decía que yo merecía una mujer mejor, a mi altura, y no una campesina. Yo quedé devastado y la busqué por cielo y tierra pero jamás la encontré. Con el pasar de los años me convencí de que jamás lo haría y aunque siempre estuvo en mi corazón, conocí a una buena mujer que a pesar de que no la amaba, me entregó su corazón sin condición alguna. Era la madre de mi otro hijo, Seth.

—Tengo un hermano, es verdad—Dijo como si no hubiera caído en cuenta antes—ese día lo vi a su lado.

—Es mi único hijo varón y como mi padre deseaba, el heredero del título—comentó con cierta amargura.

—ya veo que no se llevaba muy bien con su padre, pero al final, él solo velaba por sus intereses.

—No los míos, los de él. Jamás pude perdonarlo por lo que me hizo—la miró con tristeza—él es el único culpable de que no hayamos estado juntos todos estos años.

Los ojos de Nancy lo miraron con cautela—¿cómo es eso?

—Los meses pasaron, luego los años y un día, mi hermana al verme tan triste me dijo que mis padres siempre supieron dónde estaba ella y que estaba embarazada pero que al parecer había muerto en el parto junto a la criatura. Después de esa revelación

confronté a mis padres y les exigí una explicación. Pero ellos muy tranquilos me dijeron que habían hecho lo correcto alejando a esa mujer de sus vidas y de la mía y evitándonos a todos una vergüenza. Nunca me dijeron que tú estabas viva.

Ella iba entendiendo todo ahora—Estuve viviendo con una tía abuela, la hermana más joven de mi abuelo, que trabajaba como doncella en la casa de una familia noble. Me crié allí, porque mi tía se ganó el cariño de su señora y allí aprendí muchas cosas porque escuchaba a la institutriz cuando daba clases a los hijos de la señora. Ayudaba en los quehaceres de la casa y la señora me regalaba cosas y me permitía ver las clases de sus hijas para aprender todo lo que pudiera sobre modales y comportamiento. Siempre me decía que en esta vida había que saber de todo un poco porque no se sabía cuándo lo iba a necesitar. Sin embargo aquella vida feliz no duró más tiempo, porque mi tía enfermó de tisis y ambas tuvimos que irnos de allí al pequeño pueblo donde mi tía tenía la casa de sus padres y allí murió. Antes de hacerlo, ella estaba muy preocupada por mí, se angustiaba pensando en mi futuro porque estaba sola. Me dio el poco dinero que había ahorrado para que lo buscara a usted, y me dio una carta que era para usted. Me dijo que usted sabía de mi existencia porque mi madre antes de morir le escribió contándole que estaba embarazada y que si ella faltaba, por favor se hiciera cargo de la criatura, incluso le hizo saber la forma de comunicarse con mi tía porque sabía que si ella moría, el único familiar que podría cuidarme mientras usted se hacía cargo de mí, era ella. Mi tía me insistió mucho en que lo buscara pero cuando llegue al lugar que me tía me había dicho, jamás me dejaron pasar de la entrada y al ver que no tenía un lugar donde ir, empecé a buscar trabajo pero nadie me empleó, de manera

que tuve que conseguir comida en los basureros de posadas o en la parte de atrás de los clubes de caballeros que siempre tenían mucha.

Su padre que la escuchaba atento estaba devastado al saber todo lo que había sufrido su hija, mientras a él jamás le faltó un plato de comida y vivía en la opulencia.

—Fui más veces a su casa, pero el mayordomo me miraba como si estuviera loca por siquiera pensar que podía conocer a alguien de aquella mansión. La última vez me dijo que si volvía me haría encarcelar por estar molestando en una casa decente. A mí me dio miedo y jamás volví. Con el tiempo conocí a un muchacho que vivía en la calle también y me dijo que me podía ayudar para que no pasara hambre, me dijo que me enseñaría a robar. Pero a él lo encarcelaron. Nunca supe más de él, lloré por muchos días su ausencia, se había convertido en mi única familia. Después de eso conocí a otra chica, ella vendía flores en la calle y no ganaba mucho, pero me enseñó, y a partir de ese día lo que ganábamos lo compartíamos y cuando no podíamos vender ni una sola flor, nos íbamos en las noches cerca de los teatros a robar a la gente rica, a los nobles que iban allí.

El conde solo pensaba en que la madre de Nancy tuvo que estar cuidándola como un ángel siempre porque si la hubieran agarrado la habrían llevado a la horca por robarle a un noble. Sintió un odio profundo por su padre, y que Dios lo perdonara pero no podía perdonar a aquel hombre egoísta que estaba seguro de que sabía de Nancy porque si esa carta llegó a su casa, fue él quien tuvo que haberla leído y se encargó de que él jamás lo supiera.

—Un día robando en la noche con mi amiga, vi a un hombre de buena apariencia, a todas luces se veía un aristócrata, así que me

acerqué con sigilo tratando de robarle su billetera, algo para lo que me había vuelto experta, pero él hombre se volteó con rapidez y cuando intentaba huir, me atrapó. Yo patalee y comencé a arañarlo pero luego una mujer se acercó a él y le dijo que yo no tenía la culpa, que no conocía otra forma de ganar dinero para vivir. Era una mujer de voz dulce y me pareció un ángel cuando la vi. Ella me dijo que podía llevarme a un sitio donde me darían cama y comida y me ayudarían a aprender un oficio para ganarme la vida honradamente. Pero yo pensaba que querían llevarme a un prostíbulo porque muchas veces mi amiga Emma y yo, huimos de mujeres y hombres que buscaban niñas para meter en los burdeles. Le dije que no, y traté de huir de nuevo pero el marqués me atrapó y me dijo que si no aceptaba ir allí, les diría a las autoridades lo que había tratado de hacer con su billetera y que yo sabía perfectamente que a los ladrones no les iba bien. Yo de mala gana fui con ellos pero me dije que si le veía pinta de burdel los mordería y haría lo que fuera pero escaparía. Sin embargo el lugar realmente resultó ser lo que ellos me decían y me quedé convenciéndome de que pronto me iría, pero le tomé cariño a la marquesa y fui haciendo amigos. Después aprendí como ser una buena doncella, me enseñaron muchas cosas y la marquesa siempre me decía que por mi forma de hablar y mi educación, sería fácil que alguna dama de sociedad me tomara como su doncella personal. De mi amiga Emma nunca supe nada más hasta hace poco, pero eso ya te lo contaré más adelante.

El conde la abrazó—hija mía, cuanto has tenido que sufrir—le dio un beso en la frente—lo lamento tanto.

—No lo haga, usted no tiene la culpa de nada, padre.

Esa palabra fue como música para sus oídos. El conde sonrió con

sus ojos húmedos—no sabes lo feliz que me hace que me llames así.

—Yo también estoy feliz. Por fin tengo a alguien de mi sangre junto a mí. Todo lo que tengo de mi madre es una pequeña pintura que guardo como el tesoro más preciado.

—Esa pintura se la mandé hacer yo, el día que nos casamos. Ella a pesar de tener un vestido muy sencillo, se veía preciosa.

—¿Estaba feliz?

—Estaba radiante de felicidad—su mirada se tornó lejana, evocando esos recuerdos. Fuimos muy felices durante ese poco tiempo, a pesar de que muchas cosas nos faltaban. Me pregunto cómo habría sido todo si ella no me hubiera dejado, si ambos hubiéramos luchado más por nuestro amor.

Nancy tomó su mano—ya no piense más en eso, padre. Al menos ahora estamos juntos y estoy segura de que ella en el cielo, está muy feliz por este encuentro. Piense que ella si luchó pero no pudo hacerlo desde aquí y por eso guio nuestros pasos para que nos pudiéramos encontrar.

Él la miró sobrecogido por sus palabras—es un pensamiento hermoso, mi niña. Ahora por fin estamos juntos y te juro por mi vida que solo Dios podrá separarnos. Ambos se abrazaron nuevamente por un largo rato llenando ese vacío que durante tantos años hubo en sus corazones. Él tocó suavemente su cabello acariciándolo mientras le hablaba—te llevaré conmigo, vendrás a vivir a mi casa.

—Pero...

—¿No quieres?—su tonó era de preocupación.

—Primero creo que debemos hablar. Hay mucho que tengo que contarle sobre cosas que han pasado en mi vida mientras no nos conocíamos.

—Sé que estabas a punto de casarte con el duque.

—Sí...lo estaba. Parece que el duque ha decidido hacer caso a ciertas habladurías en lugar de escucharme a mí.

—Hija, dime algo ¿te enamoraste verdaderamente de lord Sutland?

—Lo amo con todo mi corazón pero parece que no fui suficiente para él.

—No digas eso. Eres suficiente mujer para cualquier hombre. Sí él no te valora, sencillamente no te merece.

—Tal vez si hubiera sido una mujer más educada, noble de cuna y...

—Nada de eso importa cuando amas verdaderamente a alguien, ¿Acaso a mí me importó que tu madre no fuera noble? Cuando se siente amor por alguien todas esas cosas están de más.

Ella se limpió las lágrimas y lo miró con resignación—es cierto.

—Ven conmigo, te tomaré bajo mi protección como debe ser porque eres la hija del conde de Harlton, te presentaré ante todos como Lady Nancy, no más señorita Taylor. Te convertiré en la mujer que siempre debiste ser.

Capítulo 11

Mientras los meses pasaron y Rupert buscaba a Nancy para enmendar su trato cruel e injusto, ella iba puliéndose como un diamante en bruto. Aprendía a comportarse como una dama de sociedad, con la ayuda de la marquesa, la nueva esposa de su padre y de una institutriz. Su padre a pesar de lo que podía decir la gente la presenta en sociedad como su hija bajo la mirada reprobadora de algunos y la defensa acérrima de su hermano Seth, con el que jamás pensó tener amistad. Al principio él se veía bastante molesto con el tema o eso pensó ella pero resultó que Seth era definitivamente un hombre demasiado serio y siempre había tratado de comportarse acorde con su status y lo que dictaba la sociedad. No era su culpa simplemente era el papel que le tocaba en el mundo, pensó Nancy cuando lo conoció y su cara era una máscara de fría indiferencia. Con los días ambos se fueron conociendo y ella le contó sobre su vida y la falta que su padre le hizo. Ella incluso le mostró el pequeño retrato de su madre, que era algo que no hacía con todo el mundo.

—Mi padre se equivoca diciendo que tus ojos son de ella. Tus ojos claramente son de él, hasta la forma. Pero la belleza es de tu madre— le dijo cuando vio la imagen del retrato.

—Yo lamento que de un momento a otro tu vida se haya trastocado por culpa mía.

Él sonrió—no niego que al principio fue así, pero siempre quise tener una hermana, lo que nunca me imaginé es que fueras tú.

Cuando te vi por primera vez en la cena que ofrecimos, jamás me imagine que la enfermera del duque sería mi hermana. No me caías muy bien.

—¿Y ahora sí?

—Por supuesto. He hablado con mi padre y cuando me contó de tu madre, comprendí muchas cosas. Él siempre fue un hombre bueno, un excelente padre, pero siempre lo veía con una mirada triste que no lograba descifrar. Mi madre lo amaba y siempre pensé que él le correspondía aunque era parco en sus demostraciones de afecto. Pero recuerdo una vez que hablé con mi madre cuando estaba muy enferma y ella me dijo que había sido muy feliz con mi padre porque era el esposo que toda mujer deseaba. Que jamás le faltó al respeto de ninguna forma y que ella siempre supo que tuvo un gran amor en su juventud, alguien que nunca olvidó. Sin embargo mi padre nos dio lo mejor de él, por eso mi madre siempre lo quiso y lo respetó—negó con la cabeza—fue difícil escucharlo como hijo, pero como hombre, lo entendí. Y tú, eres lo único que le queda de ese gran amor, y le has devuelto la sonrisa a mi padre. Se ve tan feliz cuando lo veo hablar contigo que no lo puedo creer. Ella sonrió agradecida por sus palabras—no sabes lo feliz que me siento de tenerte como hermano—le dio un abrazo.

De lejos el conde los miraba y sonrió. Jamás en su vida se imaginó poder ver aquella imagen y dio gracias por poder hacerlo.

La marquesa llegó esa tarde con la modista. Iban a tomarle medidas para hacer varios vestidos que ahora necesitaría Nancy para los diferentes eventos a los cuales sería invitada como hija del conde. Su padre en ese tiempo se había encargado de enviar a alguien para que buscara los papeles que certificaban el matrimonio del conde con

la madre de Nancy como legítimo. No quería que nadie pensara que su hija era hija natural, porque sabía cómo podía ser de cruel la aristocracia y muy seguramente empezarían a llamarla bastarda o algo peor, y ese no era su caso. Quería que ante los ojos del mundo su hija ocupara plenamente el lugar que le correspondía.

Cuando Nancy vio a la marquesa casi se echa a llorar.

—¿Qué pasa, querida? ¿Qué ha sucedido?

—Es Rupert—se cubrió los ojos con una mano—no sé qué es lo que está haciendo pero ahora resulta que anda con esa mujer interesada y mentirosa. He escuchado que va acompañado de ella a todo lado y simplemente dicen que son buenos amigos pero la gente ya da por hecho que es la nueva pareja del año.

—Oh Dios, ese hombre está ciego. Sí te soy sincera jamás me agradó la condesa de Wellstone, esa mujer se cree más de sangre azul que el mismo Rey.

—Y desafortunadamente es una mujer muy elegante, que hace una pareja perfecta con él.

—No es cierto, ella podrá ser elegante pero tú también lo eres, Recuerda que llevas la sangre de un conde. Este es tu momento para demostrar lo que vales. Puede que ya la oportunidad haya surgido—se quedó pensando y comenzó a aplaudir entusiasmada. La fiesta de los duques de Arlington. Ellos lo conocen y seguro lo invitaran, allí él quedará embobado contigo, o mejor dicho con tu nueva imagen.

—No sé si estoy preparada para eso.

—Créeme, lo estás.

Unos días después se presentó el momento y Nancy asistió a la fiesta de los duques de Arlington. Ella sonreía ante la visión de los invitados, que bailaban al son de un vals, haciendo movimientos con

gracia perfecta. Todas las damas vestían trajes de noche con colores preciosos como el azul, verde esmeralda, terracota y amarillo. Y los hombres, la mayoría iba de blanco y negro. Las luces de los enormes candelabros se reflejaban en el brillante piso pulido y todo parecía como un cuento de hadas, era mágico. Todo el sitio estaba lleno de flores en todas las formas y colores y el perfume de estas llenaba todo el lugar. Los sirvientes con bandejas llenas de champán pasaban de un lado a otro en lujosas copas de cristal, mientras que otros invitados se reunían en pequeños grupos hablando y riendo. Todos disfrutaban de la noche. Nancy ya había bailado mucho con diferentes parejas y ahora sus pies dolían demasiado, por lo que sintió que quería descansar un poco pero no adentro, ya que cada vez que se sentaba, alguien se acercaba a invitarla a bailar o a hablar sobre cualquier cosa. Vio que en el fondo la puerta abierta dejaba ver el enorme jardín que parecía llamarla, de manera que salió sigilosa cuidándose de que nadie la viera y fue hasta el tranquilo jardín desde donde se escuchaba la música y las risas de los invitados. Respiró profundamente.

—Cuando te anunciaron al llegar al baile y te vi bajar por las escaleras quedé totalmente deslumbrado ante tu belleza.

Ella se giró inmediatamente y vio a Rupert allí de pie, luciendo más guapo que nunca.

—No creo que sea correcto que coquetees conmigo cuando tienes una relación con otra mujer—dijo ella muy calmada, aunque su corazón latía tan rápido que era doloroso.

—Jamás he tenido algo con ella.

Ella rio con amargura—¿ahora quién es el mentiroso?

Rupert bajó la cabeza apenado—sé que no estuvo bien todo lo

que te dije.

—Por favor, no te atrevas a disculparte. He aprendido de la forma difícil que tus excusas no son más que una mentira. Te disculpas por algo para volverlo a hacer. Solo déjame tranquila.

—Tienes todo el derecho a odiarme, Nancy, pero quiero que sepas que no tengo nada con Lila.

—Veo que hay familiaridad entre ustedes.

—Por supuestos, nos conocemos hace mucho.

—Pero cuando fue a la casa de campo, la llamaste todo el tiempo Lady Wellstone. Sin embargo eso ya no me importa, puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana.

—Ella solo ha sido una buena amiga.

—¿Y tú buena amiga fue la que te metió ideas sobre mí?

—Me gustaría hablar contigo mañana ¿Puedo visitarte? Por Dios Nancy, te extraño.

—Se nota muchísimo que lo haces—le dijo con sarcasmo—si eso fuera cierto me habrías buscado hace mucho. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que me trataste de esa forma y me obligaste a irme?

—No sabía qué hacer. Me sorprendió saber que después de todo lo que pasó, tú estabas en casa del conde.

—¿Qué pensaste?

—Su rabia se notaba en su voz—seguramente nada bueno. Su expresión lo delató. Yo...no sabía que era tu padre. ¿Qué otra cosa podía pensar?

Ella trató de contener la ira—si tienes tan mala impresión de mi ¿Qué haces buscándome? ¿Para qué quieres arreglar las cosas?

Antes de que él pudiera contestarle, el conde se apareció—Nancy querida, no es bueno que estés aquí sola con un caballero. Podría

prestarse para rumores.

—Lo siento padre, tiene razón. Además no hay nada aquí que valga la pena como para que me involucren en un rumor de esos.

—El barón De Ros te está buscando. Al parecer le prometiste un baile.

Ella los dejó y entró al salón donde el barón apenas la vio sonrió y la llevó al centro del salón donde estaba por empezar al baile.

El conde y el duque quedaron solos y se miraron con recelo. ¿Lord Harlton me permite hablar con usted?

—Muy bien, pero déjeme preguntarle algo primero, sino lo hago esta conversación no tendrá sentido.

—Muy bien.

—¿Usted ama a mi hija?

—Lo hago, pero sé que cometí un grave error con ella y la juzgué mal.

—No soy quien para echarle en cara sus errores, lo que haré es decirle que si la ama, luche por ella, pero si le vuelve a hacer daño yo seré el primero en alejarla para siempre de usted y créame que puedo hacerlo. Ella ha tenido que soportar muchos maltratos y humillaciones en su vida, para recibirlas de nuevo y del hombre que se supone que la ama.

Rupert asintió en acuerdo—Me parece justo. Haré hasta lo imposible por ganarme su confianza de nuevo.

—No crea que no me importa lo que sucedió entre ustedes. Me dolió ver a mi hija sufriendo por un hombre que no ha sabido valorarla, pero es de humanos equivocarse aunque un verdadero hombre siempre reconoce y enmienda sus desastres.

—Yo tengo la intención de visitarla y cortejarla de manera

correcta pero no sé si usted lo permita.

—Sí es para hacer lo correcto esta vez, no tengo inconveniente. Solo lo permitiré porque la he visto como sufre mientras están separados. Ella en realidad lo ama pero si usted no puede superar sus inseguridades con respecto a lo que le sucedió en la guerra, no va a hacerla feliz ni a ella, ni a ninguna mujer. Siempre he pensado que es un hombre correcto, íntegro y sensato. Por favor no me decepcione. Es mi única y amada hija a la que usted va a cortejar.

—Lo sé y le pido disculpas por haber sido tan tonto pero de hombre a hombre le doy mi palabra de que si ella me da una última oportunidad, la haré la mujer más feliz del mundo.

—Siendo así, tiene mi permiso para cortejarla pero le diré que en el poco tiempo que tengo de conocer a Nancy, he podido ver que tiene el temperamento de su madre. Y ella era una mujer que no se dejaba atropellar. Seré honesto; no sé si ella quiera recibirlo, sin embargo pienso que no hay nada malo en luchar por lo que uno quiere.

Lila estaba en su habitación de hotel cuando su doncella le dijo que tenía una visita.

—Milady, es el señor Herbert Fix

“Ese desgraciado no se cansa” pensó ella. Está bien Millie, dile que ya bajo. Poco después se encontraba con su antiguo amante en el lobby del hotel.

—Cada día más hermosa, condesa.

—Gracias—respondió de mala gana—que es lo que quieres Gerard?

—He tenido problemas de dinero últimamente y como tú tienes

tanto, quise venir a pedirte ayuda.

—Te di muchísimo dinero hace menos de tres meses.

Él miró para todos lados. Había demasiada gente en el lobby y necesitaba hablar a solas con ella—vamos a otra parte más discreta, la tomó del brazo.

—Sí quieres hablar conmigo será aquí o en ningún lado—ella se zafó de su agarre.

—No te conviene hacerme enojar, Lila. ¿Quieres que todo el mundo escuche lo que tengo que decirte?—sus ojos la desafiaban.

Ella contuvo las ganas de abofetear a ese miserable y asintió—está bien, vamos a la parte de atrás, a los jardines. No hay mucha gente allí a esta hora.

Cuando llegaron allí, solo estaban dos parejas y un empleado arreglando el jardín. Ella se sentó y él también lo hizo aunque seguía mirando para todo lado.

—Entonces ¿Qué hiciste con todo el dinero que te di?

—Lo use, no pretenderás que viva del aire, yo también tengo mis gastos. Pero se acabó.—le dijo en tono despreocupado.

—¿Y crees que yo soy tu banco personal?

Él se echó a reír—no seas injusta querida, yo te veo como mucho más que eso. Pero necesito dinero ahora, y tú estás en condiciones económicas mejores que las mías.

—No tengo más dinero.

Él se enfureció—si lo tienes ¡Ni pienses que me vas a tomar por idiota! Tu maridito te dejó mucho, y si no quieres que hable y le diga a todo el mundo cual es la verdadera a razón de la muerte de tu esposo, es mejor que me vayas dando ese dinero. ¿Me entendiste?

—¡No te atrevas! Yo también tengo mucho que decir de ti.

—Bueno querida, entonces creo que ambos moriremos si yo hablo y como están las cosas de mal para mí en este momento, no me importa—sus ojos la miraban casi desquiciados.

Lila pensaba con temor en la estupidez que había hecho al meterse con aquel hombre. Pero estaba tan ciega por la pasión, por el deseo en aquel momento que lo único que quería era quitarse al imbécil de su marido de encima.

—Sí la gente se entera de que estuviste envenenando a tu marido poco a poco para que nadie se diera cuenta, no solo te van a repudiar sino que te enviarán a la horca.

—No tengo dinero ¿es que no entiendes?

—¡Por favor!—su rostro se contorsionó en una mueca de rabia—
Tu marido te dejó mucho, ¿crees que voy a comerme ese cuento?

—No todo era dinero, también tuvo deudas y algunos negocios no salieron como yo pensé...

—No te creo una maldita cosa—la tomó del brazo nuevamente pero ahora más fuerte, haciéndole daño—si no me das 10.000 libras en dos días, le diré a todo el mundo tu secretito—le dio un papel—en este sitio y a esta hora me llevarás el dinero—se levantó rápidamente y se fue.

Lila trató de mantener la compostura pero no aguantó y comenzó a llorar con desesperación. Ese maldito infeliz iba a dañarle todos sus planes. Ella no tenía esa cantidad y ahora lo único que le quedaba por hacer era apresurarse en su plan de casarse con Rupert. De eso dependía su vida.

Capítulo 12

Nancy salió un rato con su doncella para tomar un poco de aire fresco y se sentaron en una de las sillas de piedra que había en el parque cerca a la casa. Había un sitio en particular que le agradaba mucho de ese parque y era el de los rosales. Desde donde estaban el viento soplabá llevándoles el delicioso aroma de las hermosas flores. Respiró profundo y observó con aire ausente todo alrededor sin darse cuenta de que alguien se acercaba a ella.

—Buenas tardes, lady Nancy—dijo con burla, Lila.

—Buenas tardes—respondió secamente Nancy, al verla.

—Me he enterado de que ahora ya la vida le sonrío. ¿Quién se iba a imaginar que una triste enfermera terminaría siendo la hija natural de un conde.

—Lamento decirle Lady Wellstone que no soy hija natural del conde de Harlton, soy su hija legítima, fruto de su primer matrimonio. Le sugiero que si va a escuchar chismes de la calle, trate de enterarse bien.

—Natural o legítima ¿a quién le importa? —respondió de forma grosera. Es un título ganado de forma repentina, no nació con él.

—Eso es algo discutible, pero déjeme decirle que si de títulos repentinos hablamos, el suyo también lo es y lo más triste es que también repentinamente se irá, porque tengo entendido que no le dio hijos a su difunto esposo, por lo que el heredero al título es su primo, un buen amigo de mi padre—sonrió con malicia.—¿Qué

pasará cuando este se case?—preguntó sabiendo que cuando eso pasara, ella perdería el título de condesa de Wellstone, que tanto se vanagloriaba de tener.

—Bueno, para ese entonces tal vez ya sea la duquesa de Sutland querida.

Nancy perdió la sonrisa inmediatamente.

—Oh, ya veo que no se ha enterado—comentó Lila con sarcasmo.

Él y yo estamos juntos desde que usted salió de su casa. No sabe las noches increíbles que hemos pasado.

El jadeo repentino de Ida se escuchó alto—milady, es mejor que nos vayamos.

Lila siguió hablando—obviamente Rupert es un caballero y no habla de esas cosas. Por lo tanto delante de usted jamás lo reconocerá.

—Bueno, sino lo reconoce es porque no se siente orgulloso de eso, no porque sea un caballero. Me pregunto ¿si está con usted no será porque quiere que sean amantes en lugar de hacerla su duquesa?

—No se equivoque querida, él va a hacerme su esposa. De eso no le quepa duda.

—Entonces ¿Por qué no la veo con él en los eventos últimamente? ¿Y que hace cortejándome?

Eso calló la boca de la mujer inmediatamente. Ella no sabía que el idiota de Rupert había vuelto a cortejar a esa ordinaria. Casi enseguida se repuso de aquel golpe y se le ocurrió darle por donde más le dolía. Él sabía bien que aunque dijera que no, ella se sentía abrumada por ese mundo que no conocía, sin embargo hacia todo eso por merecer el amor de Rupert porque pensaba que si ya no era una simple enfermera él la aceptaría. Y al ser una mujer rica nunca

pensaría que solo lo quería por su dinero o por su título.

—Lamento decirle querida que el solo siente un cariño genuino por usted pero nada más. Usted fue su apoyo indiscutible cuando necesitó ayuda con su herida que no sanaba y esa cojera que ahora solo es algo leve, pero de ahí a que la vea como una duquesa hay un mundo de distancia. Aunque usted sea la hija de un conde, no es más que una bastarda y jamás podría casarse con usted porque no tiene suficiente sangre noble para ser la compañera de un duque, que dicho sea de paso, no es nada fácil.

—Lady Wellstone, permítame decirle que mi hermana no es ninguna bastarda—habló Seth, que había llegado sorpresivamente—. Es una hija legítima de mi padre. Por si no lo sabe mi padre se casó en Escocia y con su esposa tuvieron a Nancy, pero desafortunadamente la madre de ella murió en el parto por lo que mi padre se casó de nuevo. Nancy tiene la suficiente sangre noble para ser duquesa, incluso más sangre noble que la que tiene usted, que por lo que entiendo proviene de un terrateniente muy rico y la quinta hija de un caballero.

—Pero...—Lila no sabía que decir—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo porque usted se cree con el derecho de insultar a la hija de un conde. Le agradezco que no se vuelva a acercar a mi hermana o me verá obligado a tomar medidas. Y no creo que quiera que la gente se entere de su origen poco noble.—miró a su hermana—vamos, querida. Es una pena que el día se haya dañado tan repentinamente.—hizo una pequeña inclinación de cabeza a la mujer y le ofreció el brazo a su hermana para que caminara a su lado. Ida su doncella, iba tras ellos muerta de la risa, tapándose con un pañuelo para ocultarlo.

Rupert visito a Nancy la tarde siguiente. Llevaba varios días haciéndolo y ella que estaba profundamente enamorada de él, comenzaba a resquebrajar el muro que había hecho para no permitirle hacerle daño de nuevo.

Él entro al salón y la vio junto a las puertas que daban al pequeño jardín donde el sol acariciaba su cabello convirtiéndolo en ondas de oro puro. Estaba distraída y miraba a lo lejos tan pensativa que no se percató de su presencia.

— Buenas tardes — dijo en voz baja. No quería asustarla.

Ella se dio la vuelta y Rupert pudo ver que había llorado. — Que sucede? — Verla así hizo sentir un urgente impulso de reconfortarla, de tomarla entre sus brazos para que todo lo que le hacía daño se fuera lejos.

— Solo dime si es cierto que estás viéndote con esa mujer, Lila. ¿Son amantes?

Rupert la miró con desconcierto— por supuesto que no. Te dije que éramos solo buenos amigos y la verdad es que desde que estoy viniendo a verte, es poco lo que la veo.

Nancy siguió derramando lágrimas — ¿tú crees que tienes alguna obligación conmigo porque antes me propusiste matrimonio? Porque no quiero un hombre que por no faltar a su palabra de antes, ahora quiera casarse conmigo por obligación o porque crees que debes pagarme de alguna forma la ayuda que te di cuando estaba en tu casa.

— Por Dios, ¿De dónde sacas tales ideas, mi amor? Yo jamás he pensado de esa manera. Sí estoy aquí es porque te amo, te amo más

que a mi vida, eres la mujer que me complementa en todos los sentidos, eres un ángel que jamás pensé encontrar en mi vida. Me di cuenta de que te perdía por mi estupidez y quise enmendar mi error cortejándote como debe hacerse con una dama. Quise hacer todo bien, esta vez—¿Por qué estás así?—sus hermosos ojos verdes estaban tristes y eso le partía el corazón.

—Me encontré con esa mujer, y me dijo que ustedes dos eran amantes y que aunque te lo preguntara nunca lo aceptarías porque eres un caballero pero que ella estaba feliz contigo—lo miró con reproche—y que disfrutaba mucho en tu cama.

Nancy, no hay mujer en el mundo, que me provoque lo que tú me provocas. Y a ninguna otra llevaría a mi cama después de haber hecho el amor contigo—acarició su rostro—no creas nada de lo que escuchas por ahí. Yo soy tuyo, y mi corazón es tuyo para siempre. La forma en que la miraba, la forma en que lo decía, era una declaración en toda la regla y eso la hizo sentirse feliz. Él en verdad la amaba.

Lila no se resignaría tan fácil a perder la única posibilidad de salir de todos esos problemas en los que estaba metida. Se quedó pensando en un plan y se le ocurrió que si meterle ideas en la cabeza a Rupert para separarlo de esa mujer, le había funcionado una vez, podría funcionarle nuevamente.

Habló con Herbert y le dijo que la ayudara si quería ver su dinero. El hombre estaba tan desesperado por pagar deudas y volver a apostar, que accedió sin pensarlo mucho. Sobre todo porque además de la promesa de darle el dinero que pedía, Lila le dijo que tenía planes para Rupert. Le daría un heredero para que cuando acabara con él, pudiera quedarse con toda la fortuna y no una parte como le pasó con su otro marido. Y si Herbert la ayudaba, tendría mucho

dinero. Los dos planearon una forma de llevar a Nancy a un cuarto donde ambos estarían juntos y el duque llegara en ese momento. La oportunidad llegó cuando se aproximaba el cumpleaños de Rupert y Herbert había estado siguiendo a Nancy a todo lado. La vio entrar a una joyería y el también entró para saber qué era lo que iba a comprar. Sonrió cuando la escuchó decirle al dependiente que necesitaba una joya para un caballero por su cumpleaños, pero que no sabía exactamente que darle. El hombre enseguida comenzó a proponerle varios diseños pero a ella parecieron no gustarle mucho, así que salió de la joyería y en ese momento Herbert hizo su aparición.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—ella se dispuso a seguir su camino.

—Disculpe que me entrometa pero la he escuchado sin querer y veo que necesita una joya especial para regalar a un caballero.

Ella lo miró sospechosamente.

—No tiene por qué alarmarse—discúlpeme, yo solo quería decirle que soy joyero y hago piezas exclusivas que no se encuentran en joyerías. Es un poco más costoso pero le aseguro que mi trabajo lo vale. Tengo mi taller cerca de aquí.

—No lo sé... estaba pensando en darle otra cosa, ya que no vi algo que me gustara.

—Le aseguro que cuando vea mis piezas cada una le parecerá más bella que la anterior. Ninguno de mis clientes se ha quejado jamás, y créame que todos son personas muy prestantes en la sociedad.

—Bueno...tal vez podría, pero definitivamente no el día de hoy. Tengo otras cosas que hacer. Sin embargo mañana sería un buen día para que me las muestre, si le parece.

Perfecto, pensó él. Todo salía como le había dicho Lila que sería. Ahora solo tenía que enviarle una nota a Lila diciéndole a qué horas se encontraría con Nancy en su hotel. Ella inmediatamente le diría a Rupert que podía demostrarle que Nancy tenía un amante y que los había visto casualmente ese día entrando a un hotel. Rupert se molestaría y se daría cuenta de que ella solo se casaría con él por apariencia, para seguir viendo a su amante.

—¿Le parece si nos vemos a eso de las dos de la tarde en el hotel que me dice?—Nancy estaba entusiasmada ante la idea de darle algo especial a Rupert.

—Perfecto, a esa hora estará bien.

La tarde siguiente, Nancy después de mucho pensarlo se fue sin Ida, porque esta le había pedido permiso para visitar a un familiar.

Llegó al sitio acordado motivada por darle un regalo único a Rupert, se encontró con Herbert y lo miró nuevamente detallándolo. No le pareció alguien peligroso, además era un hotel en Covent Garden ¿Qué podía pasar? Él le pidió que lo acompañara a su habitación, que allí tenía las piezas.

A Nancy se le hizo raro que le dijera que subiera, de manera que le dijo que mejor bajara las cosas.

—Pero milady, tengo algunas as piezas hechas pero no puedo bajarlo todo, además si ven que tengo todas esas joyas alguien podría entrar en mi cuarto cuando no esté y tomarlas.

Herbert trataba de poner su mejor cara para que ella no sospechara de él. El plan tenía que salir a la perfección o él no tendría su dinero.

—Está bien, pero será solo un momento y me las mostrará rápidamente.

—Por supuesto, milady.

Ambos subieron y él cerró la puerta tras él, luego cuando le exigió que abriera la puerta él se empezó a burlar de ella.

—No querida, eso no pasará. —sacó un arma y más te vale que no se te ocurra gritar o te juro que te meteré una bala en el corazón.

—¿Qué quiere? —preguntó asustada.

—Un pequeño favor. Tú vas a ser mi tiquete a la felicidad. Por ti voy a tener mucho dinero.

Escucharon un golpe fuerte en la puerta—¡Abran la puerta!—gritó Rupert.

Nancy empezó a pedir ayuda y Herbert guardó inmediatamente el arma. Cuando la puerta se abrió Rupert estaba hecho una furia—¿qué está pasando aquí?—preguntó mirando de Herbert a Nancy.

—Te lo dije, ella y ese hombre son amantes desde hace mucho seguramente. Esta tarde cuando los vi entrar aquí, me dije que tenías que verlo con tus propios ojos para que no te quedara duda alguna de que tipo de mujer es ella—dijo Lila mostrándose como la amiga más buena y preocupada.

Rupert montó en cólera al verlos, pero luego algo empezó a olerle mal de aquel cuento.

Nancy parecía totalmente confundida y aterrada. Rupert miró a Lila—Nancy jamás haría algo así—declaró completamente convencido.

Ella respiró aliviada al ver que le creía esta vez y sus ojos reflejaron el alivio que sentía.

—¡Por el amor de Dios, Rupert! Hasta cuando vas a hacer el papel de tonto por culpa de ella. Esta mujer solo te engaña ¿Es que no puedes verlo?—sus ojos estaban desorbitados por la ira y la

desesperación. Ella necesitaba que le creyera o todo se iría al diablo.

—Esta vez no me engañarás, Lila. No soy un imbécil como crees. He hecho mis averiguaciones y no voy a negar que la primera vez caí en tu trampa, pero después mientras tú te convencías de que me tenías en tus manos, yo contraté a alguien para que averiguara todo lo que habías hecho desde el momento de la muerte de tu esposo. Y fue allí donde me enteré de que habías dilapidado todo el dinero que te había dejado el conde en amantes y en tu vicio del juego. Fue en esos lugares donde conociste a este desgraciado—miró a Herbert que no sabía qué hacer.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Siempre supe que eras ambiciosa, pero por algún estúpido motivo, creí que habías cambiado al menos un poco, y resulta que lo que estabas planeando seguramente era hacerme lo mismo que le hiciste al difunto conde. Te enteraste de que volví de la guerra y el estado en el que andaba, pensaste que habías encontrado al perfecto idiota para casarte y luego con el tiempo, envenenarlo como dicen que hiciste con tu esposo. Después de eso, todo sería muy fácil porque heredarías mis bienes y seguirías con tu vida de excesos.

Ella se quedó asombrada. No se esperaba que el pudiera saber eso. Lo negó todo el tiempo pero al final su rabia fue más fuerte que ella y trató de abalanzarse sobre Nancy.

—¡Maldita! Todo esto es culpa tuya. No sabes cuánto te odio—sus ojos estaban oscurecidos por la ira. Jamás una bastarda que fue una criada podría estar a la altura de un ducado.

Rupert la atrapó antes de que tocara a Nancy—no te acerques a ella con tus manos sucias de muerte. ¡Déjala en paz, deja de tratar de arruinar su reputación, deja de decirle que somos amantes,

simplemente deja nuestras vidas tranquilas!—le dijo perdiendo los estribos.

—¡No lo haré!—gritó histérica.

—Sí no lo haces, te juro por mi vida, que yo mismo te acusaré ante las autoridades por el asesinato de tu esposo. Mostraré las pruebas que tengo y diré lo que hiciste hoy para intentar dañar a un miembro de la nobleza. Sí no lo hice antes cuando me enteré fue en nombre de nuestra antigua amistad y la de nuestros padres, pero esta vez no lo voy a dudar.

Lila se separó de él de un empujón ¿De verdad lo harías?

—Ya has hecho suficiente daño.

Ella comenzó a llorar—lo siento. Yo...no sé porque lo hice. Fue mi desesperación por mi situación económica lo que me hizo cometer todos estos errores.

—Esa sería tu excusa de ahora, pero ¿qué tienes que decir a lo que le hiciste a tu esposo? Eso solo fue por ambición y este perro te ayudó—le dijo señalando a Herbert.

—Está bien, me iré, jamás volverás a verme. Salió corriendo de allí con Herbert que hasta ahora no había dicho ni una palabra detrás de ella.

—Corre desgraciado, o tendrás con la misma suerte si al día siguiente no te has ido de Londres—gritó.

Él fue hasta donde estaba Nancy y la abrazó. Ella temblaba nerviosa pero se dejó consolar y la llevó al carruaje. Cuando estuvieron solos ambos se miraron sin saber bien que decir después de todo lo que había pasado.

—Gracias por creerme.

Rupert la abrazó y la besó apasionadamente. Luego la envolvió en

sus brazos y le dijo al cochero que se pusiera en marcha.

—¿Los dejarás marchar a pesar de que asesinó a un hombre?

—No irán muy lejos, las autoridades ya los buscan, solo que no se los dije.

—Después de haberte perdido una vez, me prometí que si tenía la oportunidad de recuperarte, jamás volvería a desconfiar de ti. Acarició su rostro y volvió a besarla, esta vez suave con mucha dulzura pero mientras el coche andaba por las calles de Londres, el beso se fue tornando más intenso y ambos dieron rienda suelta a la pasión que sentía el uno por el otro.

Epílogo

Pasaron varios días y Nancy estaba sentada leyendo el correo. Una de esas cartas era de Lila, que estaba en la cárcel y había sido sentenciada a pena de muerte por el asesinato de un conde, pero gracias a la influencia de Rupert, se había salvado de la horca y pasaría 20 años en ese terrible lugar. Le pareció muy triste que una mujer tan hermosa y llena de vida hubiera terminado de esa forma, solo por su ambición. La carta iba dirigida a ella y eso le extrañó pero al abrirla vio que ella estaba arrepentida y le pedía perdón por haberla tratado mal y por haberse portado de esa forma con Rupert. Le contó que ella había escuchado una conversación entre ella y doncella donde le decía que le pediría dinero a Rupert para los gastos médicos de una amiga, y ella se aprovechó de esa información para decirle a Rupert que ella le pediría dinero fingiendo que era para su amiga pero en realidad era para su amante con el que se veía hace mucho. Se disculpó por eso también y le deseó a ella y a Rupert, mucha felicidad en su matrimonio.

—Hola querida—Rupert venía entrando en ese momento al salón. Ella vivía con su padre todavía, mientras llegaba el día de la boda. Y había sido duro para ambos pues solo podían verse en las tardes y no todos los días. Él le había hecho saber más de mil veces que quería hacer el amor con ella, y ella solo lo callaba con besos para que dejara de quejarse por no poder estar juntos de la manera que ambos querían.

—Hoy estuve hablando con el párroco de la iglesia y me dijo que correrían las amonestaciones para que en una semana podamos casarnos.

—¿Tan pronto?

—¿Para quieres esperar más, amor?

—No quiero que sea tan apresurado como para que todo el mundo diga que es sospechoso.

—¿Cuánto quieres esperar?

—No lo sé, tú sabes más que yo de eso.

Él se echó a reír —yo no sé nada de bodas. Pero ya que te veo tan atribulada con el asunto del poco tiempo, aplazaremos la boda hasta dentro de dos semanas, ni un día más ni uno menos.

Ella sonrió—cualquiera diría que tienes prisa por ser mi esposo.

—La tengo—buscó desesperadamente los labios de su prometida, y la besó con avidez. Ella lo aceptó como siempre, de manera apasionada. Rupert sintió inmediatamente que el deseo se despertaba en él—tengo que hacerte el amor, ahora.

—No podemos—sonrió ella entre besos—pero pronto, muy pronto...

La boda se realizó exactamente dos semanas después en una pequeña ceremonia porque ambos lo quisieron así. No deseaban algo ostentoso, sino pequeño, privado y con la asistencia de las personas que verdaderamente los estimaban. Nancy había contado desde el principio con la ayuda de la marquesa que en todo momento estuvo allí para ayudarla y aconsejarle que era lo mejor para ese día, que tipo de vestido ponerse y hasta la decoración de la capilla y del salón donde se haría un desayuno nupcial. . Esa mañana le extrañó ver que no tenía nervios, solo pensaba en verlo, en que se encontraran pronto

en el altar para convertirse en marido y mujer. Tenía unas pequeñas ojeras de las que se había encargado Ida con cremas y algo de maquillaje, producto de haber estado hasta muy tarde revisando que todo quedara bien.

Sintió un poco de tristeza al pensar en su madre y lo mucho que le habría gustado tenerla con ella ese día. Ella jamás se imaginó ese destino para su hija y seguro estaría feliz. Elevo una pequeña oración al cielo para que su madre la cuidara ese día y la ayudara a llevar bien su matrimonio.

Abajo los criados iban de un lado a otro, asegurándose de que todo estuviera perfecto para la llegada de los invitados después de la ceremonia.

—Ese velo es hermoso—dijo Sonia, que estaba en su habitación ayudando, junto a la doncella. Te ves preciosa. El bellissimo vestido blanco de seda con incrustaciones de pequeños diamantes, había sido bordado a toda prisa y por más de 12 pares de manos que estuvieron las veinticuatro horas durante dos semanas dedicándose solo a su vestido de bodas.

—No te parece demasiado...

—En lo absoluto. Cuando se es la novia, nada es demasiado. Estás bellissima y honestamente el vestido te da una elegancia, que ya desearían muchas.

—Gracias—ella se miró de nuevo en el espejo y quedó maravillada con la imagen que este le devolvía. Su cabello dorado había sido recogido de manera sencilla, dejando sus rizos caer en cascada por la espalda. Y una tiara de diamantes perteneciente a la familia de Rupert decoraba su cabeza y conseguía destacar el verde de sus ojos. De repente cayó en cuenta de que ya se iba a casar y

empezó a sentir que le faltaba el aire.

—¿Te sientes bien, querida?—preguntó la marquesa.

Nancy la miró asustada—¿Y si no soy suficiente para él? ¿Y si no logro ser una duquesa en toda la extensión de la palabra? Tal vez ahora se sienta enamorado pero después, cuando vea que no tengo la misma educación de las otras damas de sociedad, se sentirá avergonzado.

—Oh no cariño, no debes pensar eso. Él te quiere, ¡te adora! Y ustedes dos serán felices. Sabes que cuentas conmigo para lo que sea y cuando te sientas insegura por algo, solo tienes que escribirme y te ayudaré en todo lo que pueda.

Nancy se sintió un poco más tranquila.

—Ahora bajemos que tu futuro esposo debe estar nervioso esperando en la capilla.—ambas salieron de la habitación y mientras bajaban las escaleras, Nancy empezaba a sentir en su corazón, una alegría que no se había permitido antes y pensaba que tal vez para algunos, los más afortunados, los sueños podían hacerse realidad. Al llegar a la iglesia fue su padre quien la entregó en el altar, y cuando estuvo frente a Rupert, le dijo que le entregaba su tesoro máspreciado, le pidió que la cuidara y le dio un beso en la frente. Ella se sintió feliz de poder tener un momento como ese en su mente, el resto de su vida.

Luego de la boda, mientras celebraban el banquete nupcial entre la multitud de invitados, llegó a felicitarlos la marquesa y su esposo que se estaban felices por ella. Emma estaba allí disfrutando como todos los demás. Afortunadamente se había recuperado de sus heridas aunque todavía las de su mente necesitaban sanar.

—te deseo toda la felicidad del mundo, mi querida Nancy. En

parte me siento un poco responsable por que se hayan encontrado y ahora sean tan felices.

—Y lo es, lady Wilmington—dijo Rupert sonriente—usted fue la que prácticamente la llevó a mi casa y después de haberla conocido supe que jamás la dejaría ir.

—Ojala su matrimonio sea al menos la mitad de dichoso que el nuestro—dijo el marqués mirando con eterno amor a su adorada esposa.

Nancy querida, ¿puedo hablar contigo a solas un minuto?

—Claro que sí, lady Wilmington

Las dos se fueron a una esquina—Los niños te echaran de menos y me dijeron que te hiciera saber que te esperan después de tu viaje de bodas. Ya sabes lo mucho que se divierten con tus relatos. Obviamente comprendo que tus nuevas responsabilidades como duquesa no te darán demasiado tiempo, pero confío en que sacarás un pequeño espacio.

—Por supuesto que sí, Sonia. Sabes que jamás los abandonaría. La ayuda que se ofrece en la escuela es invaluable y personas como yo que pasamos por tanto, cuando vemos un sitio como ese donde nos ayudan tanto de manera tan desinteresada, nos parece que es el cielo.

Rupert se acercó en ese momento—cariño ya es hora de partir, no quiero que se haga tarde, es mejor irnos ahora si queremos llegar al barco que nos llevara a nuestro viaje de luna de miel.

Poco después estaban despidiéndose de los invitados y su hermano se acercó y la abrazó deseándole toda la felicidad del mundo.

—Quiero que seas feliz. Te lo mereces.

—Gracias, hermano. Hoy es el día más feliz de mi vida y no solo

porque me he casado con el hombre que amo, sino porque mi familia estuvo conmigo.

—Y siempre será así—le dijo al tiempo que sonreía viendo la impaciencia de Rupert—es mejor que se marchen pronto, se nota que tu esposo te quiere solo para él.

Ella lo abrazó riendo y fue hacia el carruaje. Cuando este se puso en marcha ella se recostó contra su pecho y él la abrazó.

—¿Estás feliz, Lady Sutland?

—Soy muy feliz, mi querido esposo. Jamás me imagine que pudiera sentir tanta dicha en mi corazón—sus ojos lo observaban enamorados.

—¡Dios! Te amo tanto, mi Nancy—Bajó una manga de su vestido lentamente, diciéndole con su mirada que la deseaba en ese preciso instante y ella ardiendo de deseo por él, no le importó que estuvieran en ese carruaje para entregarse en cuerpo y alma al hombre que adoraba con todo su corazón.

FIN